

BB

LAS DAMAS TAMBIEN MATAN

joe mogar

JOE MOGAR

LAS DAMAS

TAMBIEN MATAN

1.ª EDICIÓN

ABRIL – 1962



BARCELONA – BUENOS AIRES – BOGOTA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B3830 – 1962

PRINTED IN SPAIN – IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1962

N. R. 266 – 1962

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:
687 — Raza condenada. **723** — El hombre de Los Angeles. **733** — Se compra un pistolero.

En Colección BÚFALO:
328 — Atraco en Wiley. **348** — Plomo bajo la piel. **393** — Alias Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:
592 — Pórtate bien, querida. **596** — Buitres de Chicago. **601** — Muerte para una damisela.

En Colección CALIFORNIA:
147 — El hombre que compró Cheyenne. **167** — Un ranchero en apuros. **275** — La dama del puma.

En Colección TEXAS:
206 — La ruta de Santa Fe. **226** — El diablo a caballo. **245** — El sustituto del muerto.

En Colección COLORADO:
223 — Sólo un pistolero.

En Colección KANSAS:
107 — …Y el pistolero volvió. **146** — El que a hierro mata…

En Colección BRAVO OESTE:
35 — Viento del Sur. **39** — Dos tumbas en Cheyenne.



CAPÍTULO I

Había tres mujeres allí. Y de la mejor calidad. Pero sobre todo la pelirroja. De apenas veintiún años, pelo corto, rizado, frente amplia, los ojos grandes, almendrados, sombreados de largas y sedosas pestañas. Las mejillas, con un hoyito en cada una, boca regular, de labios carnosos y húmedos, rojos como la sangre. El mentón, redondito y firme, y un cuerpo que mareaba.

Vestía una sencilla blusa muy escotada. Falda corta, casi un dedo por encima de la rodilla. Las piernas largas y bien torneadas, una maravilla para todos cuantos las veían. Ahora las mostraba con alguna profusión ya que se estaba arreglando las costuras de las medias de nylon.

Pero Verónica Dale no pensaba en realidad ni en sus piernas ni en las costuras de sus medias. Sus movimientos eran más bien mecánicos, ya que su vista se mantenía fija en la pequeña máquina de escribir que estaba a su lado encima de la mesa del despacho.

Para Verónica, aquel era el último día que trabajaba con Dereck Linsay, uno de los mejores abogados de Chicago. Una lumbrera como abogado criminalista.

Hombre ya maduro, de unos cuarenta y cinco años, alto y fuerte como un toro. De ojos saltones igual que los de un besugo, semicalvo, y mujeriego cien por cien. Por eso se iba Verónica Dale. Por no tenerle que romper la cabeza ya que, según ella pensaba, no era su tipo. No el que una mujer como ella pudiera pensar.

Verónica terminó de colocarse las costuras como mejor pudo, y se acercó a la máquina de escribir. La portátil de su propiedad, y con la cual, hasta el momento presente se había ganado la vida.

Ponía la mano encima, y uno de los «bombones» restantes, luciendo tan buenas piernas y figura como ella misma, se acercó para despedirse, cuando la silueta de Linsay apareció por una de las puertas en cuyos opacos cristales se podía leer la palabra: PRIVATE.

—Un momento, miss Dale —llamó con una untuosa sonrisa en los labios—. Deseo hablar con usted antes de que se marche.

Verónica hizo un gesto, separó la mano de la máquina de escribir y avanzó hacia él haciendo contornear sus bien formadas caderas. Los ojos del abogado se encandilaron.

Por eso, para que ella no le viera, Linsay dio media vuelta, entrando en el despacho, pero dejando la puerta entornada.

Verónica llegó a ella y pidió permiso para entrar, cosa que le fue concedido al instante. ¿Cómo no?

Detrás de la mesa, pero en pie, estaba el abogado. Verónica le miró sin rencor, pero también sin afecto.

—Siéntese, miss Dale —dijo apenas la vio entrar.

Verónica avanzó unos cuantos pasos y se dejó caer sobre un amplio y mullido sillón. Cabalgó una pierna sobre la otra y Linsay encandiló de nuevos los ojos.

Ella lo notó, bajó la mano a la falda, pero no pudo hacer mucho, por lo que optó por estarse quieta. Luego levantó los ojos hacia el rostro del abogado. Entonces preguntó:

—¿Qué es lo que tenía que decirme, míster Linsay? Le ruego que termine pronto.

Linsay salió de detrás de la mesa y avanzó hacia la ventana. Miró por ella y habló desde allí, pero sin mirarla.

—Deseo que se quede, miss Dale —dijo—. No volveré a molestarla más. Sé que fue una impertinencia. ¡Quédese! No volverá a suceder, se lo prometo.

Su voz sonaba melosa y convincente. Verónica sintió que vacilaba en sus convicciones. Pero fue por poco tiempo.

—¿Era sólo eso lo que tenía que decirme? —preguntó con tono hiriente.

Linsay se volvió a mirarla, procurando por todos los medios no sentirse atraído por otra cosa que no fuera su cara. Se acercó, y Verónica le miró con sus grandes ojos semientornados.

—Sólo en parte, miss Dale. Voy a aumentarle el sueldo si se queda. Es usted una buena taquimecanógrafa y la necesito. Usted lo sabe. En fin, que sentiría perderla.

Ahora sí que vaciló Verónica, y cerró los ojos. El sueldo, si lo aumentaba, le vendría bastante bien. Tanto, que casi podría aguantarle alguna que otra impertinencia, si no se pasaba de la

raya, y hasta ahora no lo había hecho.

Por su parte, Linsay no retiraba la vista de ella.

La verdad era que desde que contrató a Verónica Dale había sentido lo mismo. Desde entonces sólo tuvo una idea en su cerebro, y de esto hacía ya meses. Pero todas sus insinuaciones se habían estrellado contra la coraza de que se había rodeado ella.

—¿Qué contesta, Verónica? —preguntó pensando que si se quedaba poco a poco podía rendir su fortaleza.

La voz sonó, muy a pesar suyo, un poco bronca. Verónica abrió los ojos y levantó la cabeza para mirarle. Luego, al ver sus ojos hizo intención de ponerse en pie. Pero Linsay no le dio tiempo.

Fue al ver aquella boca, levantada hacia él, con los labios entreabiertos como una invitación, cuando perdió la cabeza como había perdido el resuello.

Por eso, apenas verla, la tomó por los hombros y la besó en los labios.

Verónica intentó zafarse de la presa, consiguiéndolo al fin y alejándose.

—Estése quieta, Verónica —dijo torpemente mientras avanzaba.

Ella le dejó llegar, incluso que la enlazara de nuevo por la cintura. Luego, con la aguda puntera de su zapato de alto tacón le golpeó la espinilla. Linsay la soltó maldiciendo y Verónica retrocedió hasta la puerta. Una vez allí miró al abogado, que tenía el rostro rojo por la exaltación del momento, más que por la cólera.

—Si se acerca, cerdo —masculló—, gritaré hasta quedarme ronca.

Después, y de manera maligna, se acercó a una de las sillas, siempre sin perder de vista a Linsay, que se mantenía completamente inmóvil, mirándola ahora de muy extraña manera, aunque ella no lo notó.

No lo notó, porque en aquel momento, y cerca ya de la silla, puso el zapato encima de ella y procedió a arreglarse la media.

Muy tranquilamente por cierto, aunque sus ojos brillaban como carbones.

—No es usted mi tipo, Linsay —dijo.

Cuando salió del despacho, su rostro estaba serio, tanto, que los dos «bombones», la rubia y la morena, no se atrevieron a preguntar ni a despedirse.

Verónica apenas si las miró, y eso que habían sido compañeras de trabajo durante muchos meses, y además había tenido bastante amistad con la morena Dolly Dayton.

Se limitó a tomar la máquina e ir hacia la puerta, la que abrió de

un tirón. Pero ya en ella, se volvió encarándolas, sorprendiendo una muda pregunta en aquellos dos pares de hermosos ojos.

—Podéis quedaros ahí —dijo—. Tal vez ese «Don Juan» conquiste a alguna de vosotras.

Sin esperar la réplica, Verónica dio media vuelta y desapareció, dando un tremendo portazo, sin saber que con aquel acto, se iba a meter en un avispero mucho peor que el que acababa de abandonar.

CAPÍTULO II

Cuando salió a la calle, Chicago era una masa sombría. La niebla era espesa, tanto, que al mirar hacia abajo, Verónica se vio imposibilitada de verse los pies.

El silencio era absoluto y al pronto se extrañó de ello, hasta que comprendió que toda la circulación de la gran urbe estaba interrumpida.

Intentó mirar el reloj y no pudo. Por tanto, abrió el bolso y sacó el encendedor. Lo hizo funcionar y acercó la débil llamita a la esfera. Eran las nueve de la noche.

Hecho esto, Verónica empezó a andar. Según sus propios cálculos tardaría un par de horas en llegar a su casa, ya que no tenía otro medio de locomoción que sus pies.

Ahora, mientras andaba, pensó en el empleo que acababa de abandonar, en que no tenía otro, y que quizá no lo encontrara en muchos días, si es que lo encontraba.

Entonces pensó que debió dejar hacer a Linsay. El abogado era un hombre rico y la podía mantener, así como costearle todo cuanto deseara.

En contra de sus propios pensamientos, la idea no la seducía. Por eso sacudió la cabeza negativamente un par de veces, como deseando desechar de su mente aquellos pensamientos, y luego apretó el paso.

También había un par de «bombones» en otro sitio. Claro que esto no lo sabía Verónica, ni el papel que iban a jugar en su vida. Pero estaban allí, en carne y hueso… y de los de campeonato. Como tampoco sabía entonces que estaba caminando por Chicago completamente perdida.

Lo comprendió cuando se acercó a uno de los portales y volvió a repetir la operación para mirar el reloj de pulsera. Eran las diez y media, y ella, a través de los jirones de niebla intentó reconocer el lugar, sin conseguirlo.

Suspiró mientras se decía que estaba cansada y que la máquina de escribir empezaba a pesar como el plomo.

Entonces la soltó sobre el tranquillo de aquel portal, para, acto seguido, encender un cigarrillo. Después, cuando lanzó a la niebla la primera columna de humo, Verónica se sentó.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, sumida en sus pensamientos, con el cigarrillo completamente apagado, hasta el momento en que se abrió aquella puerta.

Lo supo, no por el ruido que ésta hiciera al abrirse, sino porque la luz eléctrica, viniendo del «hall», la inundó completamente. Sobresaltándose, Verónica tomó la máquina y se puso en pie. Fue a salir del portal cuando una voz bronca la interrumpió.

—¿Quién es usted?

Verónica se detuvo volviéndose, y al punto abrió desmesuradamente los ojos.

El caso no era para menos. Ante ella, que era un poco más alta de lo normal, tenía a un hombre de más de seis pies y medio de estatura, y con unas trescientas libras de peso. Rubicundo y con una cara tan ancha como la luna. De ojos grandes que a ella se la antojaron grises y fríos.

Vestía un traje de irreprochable corte, gris oscuro, y llevaba el sombrero en la mano, por lo que Verónica comprendió que se disponía a salir en aquel momento.

Fue a replicar, pero el hombre no la dio tiempo a nada ya que repitió con voz parecida a un trueno lejano:

—¿Quién es usted? —hizo una pausa durante la cual Verónica intentó decir algo sin conseguirlo, ya que él siguió preguntando—: ¿Qué hace aquí? ¿Qué significa esa máquina de escribir? ¿Quién la ha mandado a este sitio?

Verónica esperó a que acabara la andanada, y luego giró sobre sus pies con ánimo de alejarse. Pero fue demasiado tarde. El gigantesco individuo dio una enorme zancada y la tomó del brazo tirando de ella. Cuando Verónica se volvió encarándole como una fiera, la otra gigantesca zarpa le tapó la boca.

—Si gritas te retuerzo el pescuezo, cariño —dijo.

De manera violenta, Verónica sintió como la empujaban hacia adentro. Y tuvo verdadero miedo cuando el gigante la empujó llevándola dando traspiés hasta el centro del «hall», y luego cerró la puerta de la calle, metiéndose la llave en el bolsillo.

Verónica no tuvo ánimo ni para preguntar cuando el hombre fue hacia ella mirándola de arriba abajo. Y ni siquiera notó que los ojos de éste brillaban un tanto al reparar en la desgarrada blusa.

—Anda, ricura. Pasa ahí dentro que encontrarás a alguien que seguramente le gustará oírte. ¡Vamos!

Como en sueños, sin que osara replicar, se vio empujada hacia el interior de la habitación que le señalara aquel gigante de pelo rubio.

Se serenó por completo apenas si traspuso el umbral del «living». Porque tendido completamente sobre un sofá había un hombre joven. De no más de veinticinco años. Moreno, de pelo negro y rizado; ojos también negros y brillantes.

A Verónica se le antojó alto y fuerte a pesar de estar tendido. Le miró más atentamente aún, y se reafirmó en esta idea cuando vio su pecho de titán cubierto por una blanca camisa, que ahora estaba roja de sangre. Y adivinó más que vio el burdo vendaje que tenía en un hombro.

Siguió estudiando aquellas facciones talladas en granito, aquel rostro perfecto, tostado por el sol. Su nariz recta, la boca grande y sensual y el mentón completamente cuadrado denotando con ello una firme voluntad.

Pero, sobre todo, sus ojos. Ojos que la estaban mirando desde que entró. Estudiándola, intentando taladrar hasta lo más profundo de sus pensamientos. Fríos, brillantes y dominadores al mismo tiempo. Tanto que, por primera vez en su vida, Verónica Dale se sintió pequeña ante un hombre.

Ojos que se habían detenido primero en sus piernas, para luego ir a la despeinada cabellera, y quedar después fijos en el desgarrón de la blusa, sin parpadear, con un brillo de admiración en ellos, pero no como lo hacía Dereck Lindsay.

—¿Quién es, Milton?

Esta pregunta sobresaltó a Verónica, haciéndola volver a la realidad. Entonces volvió los ojos hacia el gigantón esperando la contestación.

—No lo sé, Dick —replicó—. La encontré sentada en la puerta. Y, lo que es peor, es que lleva una máquina de escribir en la mano.

Dick Forrester ya la había visto. Pero así, la miró como si acabara de reparar en ella, y entonces intentó mirar por primera vez a los ojos de Verónica.

Pero no pudo hacerlo porque ésta no le miraba a él, ni tampoco al gigantón Milton Rian; sus ojos estaban ahora fijos en los pies que asomaban por detrás del sofá. Pies que tenían las punteras apuntando al techo.

Verónica tardó un escaso segundo en comprender que detrás de aquel mueble había un hombre muerto. Pero fue al volver los ojos hacia Dick Forrester cuando vio la automática caída junto a una de las patas del sofá.

Se llevó una sorpresa cuando, en vez de la pregunta que esperaba, el hombre llamado Dick, dio una explicación apenas si ella desvió la cara mirándole.

—Ese hombre entró aquí para llevarse algo que no debía. Me pegó un tiro pero yo tuve más suerte.

Verónica no replicó. Iba de asombro en asombro. Ni siquiera se daba cuenta ahora del desgarrón de su blusa. No se acordaba tampoco de que era una mujer muy bella, con muchas cosas en su cuerpo de sirena.

Simplemente se limitó a seguir mirando al herido en espera de que éste dijera algo más. Como así fue, y al segundo de terminar con aquella corta explicación que a ella no le decía nada.

—¿Qué hacía usted sentada en mi puerta?

—Descansando ya que me perdí en la niebla. Salí del trabajo y anduve mucho. Aún ahora, no sé en qué lugar me encuentro.

Dick Forrester sonrió despectivo y Verónica frunció su bonito ceño, pensando en que empezaba a cansarse de aquel juego, si es que juego se le podía llamar a encontrar un hombre herido, y otro muerto. Tal vez asesinado.

Ya no pudo pensar más, porque Forrester adujo señalándola:

—¿Salió del trabajo? ¿Así? ¡Y diablos, que es usted hermosa!

Verónica achicó los ojos pero no enrojeció. Simplemente replicó:

—Estoy diciendo la verdad aunque no sé para qué me sirve ni por qué lo hago. Mi vida privada me pertenece y no tiene porque meterse en ella.

—De acuerdo, miss —replicó Forrester—. Es suya. Y tú, Milton, dale algo, con que se cubra.

El gigante salió silencioso como un felino, y volvió a los pocos segundos con una enorme toalla de baño, que Verónica echó sobre sus hombros. Luego dio una rápida vuelta, con lo que la falda subió algo más de lo conveniente.

Encarando ya a Forrester dijo:

—¿Estoy mejor así?

Permaneció impasible a pesar del espectáculo que ofrecía la pelirroja y replicó duramente:

—Déjese de coquetear que conmigo no va, gatita. Ahora se sentará, y responderá a todas mis preguntas.

Verónica lo hizo cruzando las piernas, y Forrester, a pesar de su impasibilidad deseó tener a mano una botella de whisky. Y no por la herida, claro, ya que aquélla no le molestaba casi nada; y luego habló antes de que él preguntara:

—No pienso repetirlo más. Me perdí en la niebla cuando iba a mi casa desde mi trabajo. Lo que me haya podido ocurrir para que venga de este modo es cosa mía. Y no se equivocó; sé que soy muy hermosa.

Forrester lo sabía porque lo estaba viendo pero prefirió callar. Había otras cosas que tratar.

—¿Cómo se llama, miss? —preguntó.

—Verónica Dale.

Forrester hizo una pausa. Milton le veía pensativo y se preguntaba si sería tan estúpido como para confiar en aquella mujer, que según todas las trazas había sido enviada allí por sus enemigos con un propósito para él bien claro.

Lo fue, o al menos eso es lo que creyó cuando le oyó preguntar de nuevo:

—¿Tiene algún documento que lo acredite?

La respuesta de Verónica, que se movió malignamente en la silla, sonó como un trallazo entre aquellas cuatro paredes:

—¿No cree que ya son bastantes preguntas? He sido traída al interior de esta casa en contra de mi voluntad, por ese gorila que está ahí delante, cuando me disponía a reanudar mi camino. Creo que merezco una explicación, ¿no? ¿Qué ocurriría si intentara coger ese teléfono? ¿Me impediría llamar a la policía?

La respuesta sonó un quinto de segundo después:

—Sí. Pero no por lo que usted supone, miss Dale.

Verónica le miró a los ojos como preguntándose lo que él quería decir con aquello. Luego, súbitamente, tomó el bolso que había colocado al lado de la máquina de escribir, y lo abrió mientras la toalla, de manera picaresca se deslizaba de sus hombros.

Cuando le tendió su documentación, se acercó a mirar de soslayo a Milton, viendo que su mirada estaba fija en ella, mientras la apuntaba con una automática.

Luego, de una manera que Verónica notó como avergonzada, la volvió a guardar en la funda de la axila, mientras apartaba rápidamente los ojos.

Verónica no dijo nada, pero recogió la toalla y se cubrió de nuevo. Después preguntó Forrester:

—¿Conforme?

—Sí. Está bien. Pero no me negará que resultaba muy extraño, incluso sospechoso, que Millón fuera en busca de una mecanógrafa, y la encontrara a usted en la puerta —hizo una ligera pausa y luego agregó—: Si tiene ganas de trabajar, puede sentarse a esa mesa y empezar a hacerlo. Pero antes debo decirle que el poseer este secreto, significa la muerte tanto para el que lo divulgue como para el que lo tiene. ¿Comprende lo que quiero decir, miss Dale?

Verónica lo comprendía, pero lo retuvo para ella. Simplemente se levantó procurando que la toalla no hiciera otra de las suyas, y,

tomando la máquina, la puso sobre la mesa.

Y de esta manera se encontró de repente dentro de un mundo del cual no tenía ni la más ligera idea. Un mundo fantástico e irreal, y por él supo con absoluta certeza el porqué había muerto aquel hombre que yacía detrás del sofá.

Luego, al terminar, se levantó cerrando la portátil. Milton estaba sentado en un enorme sillón y parecía dormitar aunque no era así. Le miró de pasada y después clavó sus enormes ojos en el rostro de Forrester. Él la miró a su vez pero dejando resbalar ávidamente sus ojos por toda su figura, y por un solo segundo Verónica pensó que aquel podía ser el «tipo» que ella buscaba.

Pero se lo calló también, y esperó a que él hablara, lo que no tardó en suceder. Y se sorprendió, ya que para hacerlo, Forrester se incorporó lentamente en el sofá, con lo que su torso de titán quedó por completo a la vista de Verónica.

—Coja esas cuartillas y cósalas con esa maquinilla. Después métalas, en su bolso y llévelas con usted. Mañana, a primera hora, alquile a su nombre un departamento en la cámara acorazada del «National Bank» y guárdelas allí. ¿Cuánto le debo por su trabajo, miss bale? —terminó sin una sola transición.

Verónica sonrió avanzando hacia él, y por primera vez aquella noche, Forrester notó el perfume que usaba, y supo que si no procuraba controlar los nervios, iba a perder la cabeza por ella, a pesar de la morena Doris.

—No cobraría este trabajo por nada del mundo —replicó Verónica sin dejar de sonreír y acercándose más.

Forrester procuró no mirarla y encaró a Milton.

—Dale cinco mil dólares, Milton —dijo sencillamente.

Verónica dio un respingo y la toalla se vino al suelo. Y no se acordó de recogerla pensando que cinco mil dólares no los había visto nunca. Preguntándose de paso si había oído bien.

Milton se estaba yendo ya, cuando inició una protesta:

—Eso no…

—Necesitará dinero tanto en el Banco como para sus gastos, miss Dale. Eso es todo.

—¿Acaso intenta comprarme?

Forrester no la entendió al pronto… Luego replicó sencillamente:

—Creo que no me haría falta, miss Dale

Verónica no contestó, tal vez porque Milton regresaba ya con un fajo de billetes en la mano. Olvidada por completo de la toalla, y sin mirar a nadie los tomó guardándolos acto seguido en el bolso.

Luego formó un paquete con las cuartillas y las guardó también. Hecho esto se volvió a mirar a Forrester.

Y volvió a asombrarse porque éste estaba ahora en pie, y diciendo:

—La acompañaré hasta la puerta, miss Dale.

Verónica no tuvo ningún inconveniente. Pero antes de salir miró su reloj. Eran las dos de la madrugada.

Forrester no encendió la luz del «hall», si no que la prendió del brazo y lo atravesó a oscuras. Ya junto a la puerta la abrió dejándola entornada.

Luego la enlazó por la cintura atrayéndola contra su pecho.

Pero ella se desasió suavemente y salió a la calle.

Caminó aprisa ahora, sabiendo que tenía dinamita pura dentro del bolso. Luego, de manera inopinada, se dio cuenta de que la niebla había desaparecido, y de que se encontraba en la Washington Boulevard. ¡Tres manzanas más arriba de donde vivía Dereck Linsay!

¡Había estado dando vueltas en torno al mismo sitio durante horas!

CAPÍTULO III

Aquel otro «bombón» era moreno y se llamaba Doris Linsay. Estaba llegando también a la Washington Boulevard, cuando eran las dos y media de la madrugada, y sin notar que la seguían bien de cerca.

Lo hacía una persona que la había visto varias veces, y a la que ella también conocía. Una persona que se estaba dejando llevar por vez primera en su vida de una corazonada.

Pero la morena Doris no se daba cuenta de ello, ya que sólo se hallaba pensando en Dick Forrester, y en aquella llamada telefónica.

Mientras estaba llegando, por el mismo procedimiento que Verónica Dale, o sea, por sus propios pies, tal vez un poco antes, como cosa de media hora más, Forrester volvía de nuevo al interior del «living» encarando instantáneamente la ceñuda figura de Milton.

—Esa mujer… —empezó, recogiendo la toalla del suelo para, acto seguido, aspirar con fruición el perfume que Verónica había dejado en ella.

—Déjala, Milton —interrumpió Forrester sabiendo lo que le iba a decir—. Mañana la chica irá al «National Bank» y guardará esos papeles junto al cuaderno que le entregué.

Se miraron al punto y sonrieron. Luego Forrester volvió al sofá diciendo:

—Ven a ver cómo está este agujero, Milton. No me gustaría que se infectara.

—Creo que será mejor buscar un médico…

—Ni lo sueñes. Y por lo mismo que no quiero que intervenga la policía. Por tanto, será mejor que antes que amanezca guardes ese fiambre en cualquier lugar apartado. Luego vuelves. Yo espero tener compañía muy pronto.

Forrester miró el reloj mientras Milton, sonriendo, procedía a desabrocharle la camisa. Luego aguantó el dolor hasta que terminó la cura.

Después, Milton sacó el cadáver trasladándolo a otra de las habitaciones, y luego procuró arreglar el «living», no quedando satisfecho hasta que hubo borrado toda huella de lo ocurrido en él.

Luego se sorprendió ante la inopinada pregunta de Forrester:

—¿Con quién anda ahora Marta Lansing, Milton?

Marta Lansing andaba con bastante gente. Esto lo sabían los dos, pero Milton también sabía que no era precisamente lo que preguntaba Forrester. Si no por algo bien diferente.

Marta, rubia como el oro, con un cuerpo capaz de cortarle el resuello al más escéptico, había estado primeramente casada con un hombre que conoció cuando era modelo de una de las casas de costura más importante de Chicago. Luego divorciada, después amante de Forrester, que la encontró en un «dancing», y ahora, tal vez amiga de cualquier pandillero de los bajos fondos, o de los altos, que para el caso era igual.

Forrester, al preguntar, sabía que a Marta le gustaba él y que no se perdía nada cuando se estaba con ella en su apartamento de la Garfield Boulevard. En el 4.408 para ser más exactos. Diciéndose esto, pensó que también podían haber cambiado las cosas desde que la dejó sin una sola explicación por Doris Linsay, la hija de uno de los más famosos abogados de Chicago. La mujer que estaba esperando ahora.

Fue al mirar directamente a los ojos de Milton, cuando la cerradura de la puerta del apartamiento giró suavemente, pero no tanto como para que Forrester y Milton no se dieran cuenta de ello.

El segundo avanzó hacia allí buscando ya la «Magnum». Pero no hizo falta. El rápido taconeo que se oía en el «hall» le dijo que Doris acababa de entrar, después de hacer uso por primera vez del llavín que Forrester le diera en una ocasión.

Entró, empujando la puerta, sonriendo como ella sabía hacerlo. Pero la sonrisa se le cortó en seco cuando vio la sangre de la camisa de Forrester. Entonces avanzó hacia él y le puso sus manos sobre los hombros.

—¿Qué ha ocurrido, Dick? —preguntó con voz alterada.

Forrester se encogió de hombros como no dando importancia a la cosa, y luego replicó:

—No es nada, querida. Un simple rasguño que me hicieron cuando venía hacia aquí. Una pandilla que se peleaba. Dispararon y una de las balas penetró por el cristal del taxi que ocupaba y me hirió.

Ella se apretujó contra él, y Milton, sabiendo lo que se avecinaba abandono el «living», para, en el acto, y sin hacer el menor ruido, cargar con el cadáver y sacarlo al exterior por la escalera para caso de incendio.

Mientras lo hacía, el cuadro había cambiado en el «living». Doris ya no estaba en los brazos de Forrester, y éste no la estaba besando tampoco. Permanecía sentado en el sofá, mientras ella, del mueble-

bar sacaba dos copas y una botella de whisky.

Se acercó, depositándolo todo sobre la mesa donde antes estuviera escribiendo la pelirroja Verónica Dale, y luego llenó las copas hasta los bordes. Bebió un poco de una de ellas y después se la tendió a Forrester. Este bebió un largo trago mientras ella, ahora, se sentaba, frente a él.

Doris lo hizo sabiamente, retrepándose como un felino contra el respaldo del sillón, y luego cruzó las piernas con lo que la falda, también corta y estrecha, se subió unos cuantos dedos sobre sus bien torneadas rodillas.

Forrester vio cómo abombaba el pecho, y durante unos segundos temió que el firme y alto busto de ella rompiera la tela de la blusa. Pero no fue así, aunque ella se desperezó sin recato alguno. Luego, mirándole en forma indefinida, dijo:

—Perdona si no pude venir antes, querido. A causa de la niebla he tenido que venir a pie.

Se removió en el sillón, con lo que Forrester pensó que, a pesar de todo, Doris era una gata tan peligrosa como la propia Marta Lansing. Pero le gustaba aquel peligro como le gustaba ella.

Y se vio cogido cuando Doris, siguiendo el hilo de sus pensamientos, habló de nuevo.

—¿Para qué querías que viniera tan aprisa?

Sin saber por qué, Forrester se encontró buscando una respuesta adecuada pero a velocidad relámpago.

—Hace dos meses que no te veo, Doris —replicó cuando creyó encontrarla—. Creo que ya es hora de pasar una rato juntos, ¿no?

Volvió a mirarla, y se sorprendió que mentalmente estaba comparando aquella anatomía, conjuntamente con sus maravillosas extremidades, con Verónica Dale.

—¿Sólo por eso, Dick?

Al preguntar, en tanto se desperezaba en el sillón, pareció más que nunca, y según los propios pensamientos de Forrester, una peligrosa gatita runruneante.

—Sólo por eso, Doris —replicó.

Fue entonces cuando ella se levantó yendo hacia él. Forrester lo hizo a su vez y luego la enlazó por la cintura. Doris le enroscó los brazos al cuello y devolvió la caricia.

CAPÍTULO IV

Doris Linsay salió del apartamiento de Forrester a las ocho de la mañana y caminó rectamente hacia su casa, pensando en que había algo que no cuadraba en todo aquello. En la explicación que le dio él de la herida que había recibido.

Luego, pensó en el porqué de aquello y entonces sonrió. Lo hizo en el momento de meter el llavín en la cerradura de la puerta de su casa. Su sonrisa había cambiado cuando la cerró a su espalda.

Forrester salió media hora más tarde. Lo hizo para acto seguido, ir al garaje y tomar su automóvil, un «Ford» modelo actual, de ocho plazas.

Enfiló la Washington Boulevard recto a Madison, y de allí a la Garfield Boulevard, donde vivía, o creía que aun vivía Marta Lansing. Cuando llegaba a Madison la vio. Pero no a Marta, sino a Verónica Dale.

Vestía sencillamente pero de forma elegante. Un conjunto mañanero color azul cielo, con la falda en las mismas rodillas. Torciendo ya el volante, Forrester supo que las piernas de ella no podían compararse con las de Doris Linsay. ¡Las de Verónica Dale eran infinitamente mejores!

Avanzando todo lo despacio que podía, la siguió. Ya de pasada, vio en uno de los portales al gigantesco Milton Rían que también la estaba siguiendo, por orden suya.

Al apartar los ojos de él, Forrester vio al otro hombre.

Todo pasó entonces como un relámpago, ya que éste salió de una tienda de ultramarinos, atravesó la calle corriendo y cayó sobre Verónica Dale como un huracán.

La derribó al suelo y cogió el bolso que ella llevaba, pero no se lo pudo arrancar ya que Verónica lo tenía sujeto a la muñeca por la correa. Forrester se precipitó hacia allí, justo en el momento en que el hombre sacaba un cuchillo.

Su intención estaba clara para Forrester. Intentaba cortar la correa mientras que en el suelo, la pelirroja Verónica, con las ropas revueltas, procuraba por todos los medios escurrirse, en tanto que su rostro reflejaba el miedo que sentía.

Forrester llegó tarde así como el hombre. Ni él pudo hacer nada ni el otro tampoco, ya que Milton intervino mucho antes. Con sus

largas zancadas atravesó la calzada yendo hacia la pareja.

No miró las piernas de Verónica cuando cogió al hombre por un hombro haciéndole girar violentamente cara a él.

Luego, y sin pensarlo siquiera, le propinó un trallazo en medio del mentón estrellándole contra la pared. Y mientras Forrester detenía el «Ford», el gigante se lanzó sobre el ladrón, tomándole por uno de los brazos.

Después, y de manera sencilla pero magistral, se lo pasó por encima del hombro, y, agachándose de forma inverosímil, antes de que Forrester pudiera intervenir en su favor, o decir algo para detenerle, Milton lo volteó por encima de su cabeza lanzándolo de nuevo contra la pared.

Se oyó un sordo crujir de huesos, y el hombre quedó completamente inmóvil en la calzada. La gente se estaba acercando ya, cuando Forrester tomó a Verónica por un brazo haciéndola entrar en el «Ford» sin miramiento alguno, mientras Milton emprendía la huida por una de las calles laterales.

El «Ford» estaba rodando ahora a buena velocidad, alejándose de allí, cuando Verónica se dio cuenta de que su falda no estaba como debía estar, y que Forrester era quien lo conducía.

Alisándose la falda sobre los muslos le miró preguntando:

—¿Usted? ¿A dónde me lleva? ¿Quién era ese hombre?

—Yo mismo —replicó Forrester para replicar acto seguido a sus dos preguntas finales—: Vamos al «National Bank», y ese hombre buscaba lo que usted tiene.

Verónica, por toda respuesta, la emprendió con las medias. Rotas por la rodilla. Tenía una buena rozadura en una de ellas, y Forrester procuró sentirse atraído por lo que ocurría frente al motor del «Ford», ya que conceptuaba esto como una medida prudente en grado sumo.

—¿Se hizo daño? —preguntó.

—Un poco. Pero esto no es nada comparado con el miedo que he pasado. Estoy terriblemente asustada.

Él le lanzó una mirada de simpatía. Luego volvió a centrar su atención en el tráfico, para después hablar sin desviar la mirada del frente:

—¿Quiere mirar hacia atrás y decirme si alguien nos sigue, miss Dale?

Ella lo hizo, notando extraña la palabra «miss Dale», después de la forma que él tuvo de besarla.

No les seguían, y Forrester continuó el camino más tranquilo. Su temor era que la policía metiera las narices en el asunto, cosa que

no le convenía por el momento.

Avistaban ya la mole del National Bank, cuando ocurrió la cosa. La calle entera se estremeció violentamente y el «Ford» dio un formidable bandazo, yéndose hacia el bordillo de la acera. Gracias a la pericia del conductor no se estrelló contra una de las farolas del alumbrado.

Después, casi al instante, al segundo se puede decir, sobrevino la horrorosa explosión. Miles de cascotes volaron por el aire, y durante más de diez minutos todo fue caos alrededor del National Bank.

Cuando la densa humareda se disipó un poco, Forrester y Verónica vieron cómo parte de la fachada del Banco había volado por completo, cómo el tráfico se detenía, y los peatones, prudentemente, se iban acercando al lugar del siniestro.

Forrester había parado tan pronto como logró dominar el «Ford», y ahora tenía un brillo peligroso en los ojos negros. Verónica, sentada a su lado, miraba con los suyos agrandados por el estupor. Después preguntó, con un hilo de voz:

—¿Qué ha sido eso, míster Forrester?

—Me llamo Dick —replicó él, y luego agregó—: Acaban de volar el National Bank, miss Dale. Por tanto, ya no hace falta nuestra presencia allí. ¿A dónde quiere que la lleve?

—A mi apartamiento de Madison, Dick. Y no olvide tampoco que me llamo Verónica.

Ahora sí que la miró francamente, aprovechando que estaba maniobrando el «Ford» con objeto de dar media vuelta mientras las sirenas de las patrullas policiales y los bomberos empezaban a atronar el espacio. Luego replicó sonriendo y cara ya a Madison:

—Será mejor que la deje en cualquier parte menos en su casa. Es usted muy hermosa, Verónica.

Al punto ella empleó la misma coquetería que la noche anterior, cuando Milton le ofreció la toalla. Lo hizo al replicar, mientras como una gata mimosa se reclinaba contra el asiento:

—¿Va por mí, o por la mujer que a las dos y media entró en su casa utilizando un llavín que sacó del bolso?

¿Cómo lo sabía?

Esta pregunta brotó en su mente cuando la estaba haciendo ya en voz alta.

—¿Cómo lo supo, Verónica? —preguntó.

Por el espejo retrovisor la vio sonreír más coquetamente aún, y cómo siempre imitando a un simpático gatito, se arrellenaba aún más en el asiento, estirando completamente sus largas y hermosas piernas.

—Me crucé con ella en Garfield Boulevard y retrocedí a ver dónde iba. Fue una corazonada que me salió bien. Esa mujer es la hija de Dereck Linsay, el abogado. ¿Qué significa para usted, Dick?

A pesar de su pregunta, ella debía saberlo, o al menos lo sospechaba. Pensando en esto, Forrester evitó la respuesta directa y preguntó a su vez:

—¿Qué tal hombre es Dereck Linsay, Verónica? Por sus documentos sé que usted trabaja o trabajaba con él.

Verónica encogió las piernas y se enderezó en el asiento. Y aun así, Forrester se dijo que ella tenía mucho de Marta Lansing, ya que le parecía tan peligrosa como aquélla, con todos y cada uno de sus arrumacos; aunque de otro modo.

—Es un hombre al que le gustan las mujeres de mi tipo, Dick —replicó tranquilamente—. Él fue el que me rompió anoche la blusa. Es un cerdo.

—Conozco a Linsay, Verónica —fue la respuesta de él.

Ella no supo por qué, ya que él no lo dijo, aunque creyó adivinarlo.

No replicó a las palabras de Forrester, pero adoptó, una postura peligrosa cuando se arrellanó nuevamente en el asiento. Postura que ya no dejó hasta que llegaron a Madison, frente a la puerta de su apartamiento.

Forrester detuvo el «Ford» junto al bordillo y la encaró francamente.

—Creo que voy a besarla, Verónica —dijo.

—¿Aquí…?

No pudo terminar. Forrester, a pesar de su herida, la enlazó por la cintura, pero Verónica no se movió de la postura que había adoptado. Pensó que era mucho mejor así, y la besó largamente mientras los brazos de ella iban a su cuello.

Trabajosamente, Verónica preguntó:

—¿Sube conmigo, Dick?

Iba a aceptar la invitación cuando reparó en el bolso de ella. Instantáneamente todo volvió a su mentó con la fuerza de un huracán.

—Ahora no, Verónica —replicó—. Y créame que lo siento. Deme esos papeles, ¿quiere?

Silenciosamente, y un poco decepcionada, Verónica abrió el bolso, dándole la envoltura. Forrester la desgarro y lanzó una rápida ojeada a las escritas cuartillas. Al punto se puso enormemente serio. Luego miró a Verónica y dijo:

—Estos no son los papeles que yo le di, Verónica. ¿Dónde los ha

metido?

Como viera el estupor en el rostro de la muchacha, le alargó el paquete.

Una simple ojeada le hizo comprender que él decía la verdad. Por tanto, le miró directamente a los ojos, encontrándose con que éstos eran fríos y duros como el acero.

—¿Cuánto le pagaron por ellos, Verónica?

Forrester recibió la bofetada más enorme que jamás recibiera hasta entonces. Luego, Verónica hizo ademán de abrir la portezuela, y Forrester la tomó del brazo, impidiéndoselo.

—Va a pagarme esto, Verónica —dijo fríamente.

Ella intentó desprenderse de su mano. Como viera que no lo conseguía, replicó furiosamente:

—¡Suélteme, míster Forrester! Suélteme o haré algo peor que gritar. Se meterá en un buen lío si lo hace.

Pero Forrester apretó aún más. En vista de esto, Verónica se llevó la mano al amplio escote y tiró un poco hacia abajo. La tela se desgarró mientras ella se volvía a hablar:

—Seguiré si no me suelta. Luego no tengo más que gritar, y veremos cómo explica su conducta al tratar de faltar al respeto a una dama.

Forrester la miró largamente y la soltó. Ella, sin abandonar ahora su sonrisa, abrió la portezuela y saltó fuera del «Ford». Ya en la calle se volvió para mirarle. Fue entonces cuando dijo:

—Nadie me pagó por esos papeles, míster Forrester. Nadie. ¡Entiéndalo bien! Hasta ahora he creído que eran los que usted me dio en su apartamiento.

Sin esperar respuesta, Verónica Dale dio media vuelta y se alejó rápidamente, seguida por la mirada de Forrester, que no se apartaba de sus bien dibujadas líneas de vampiresa.

Luego, y mientras ella entraba en la casa donde tenía su apartamiento, Forrester consultó su reloj. Eran las diez y media de la mañana. Si se daba un poco de prisa, todavía podía encontrar en su casa a Marta Lansing.

Pensando que tenía que averiguar algo de ésta, puso de nuevo el «Ford» en marcha y se encaminó hacia allí.

CAPÍTULO V

Marta Lansing estaba en su apartamiento cuando Forrester aparcó el «Ford» en la acera opuesta. Luego bajó del automóvil, atravesó la calle y penetró en la casa, yendo directamente al ascensor.

Forrester la oyó cantar a través de la puerta y lanzó un suspiro de satisfacción, mientras recordaba momentos y horas pasados en compañía de la explosiva y opulenta rubia.

Por unos instantes, mientras se dirigía allí, había temido que ella no estuviera, que hubiera cambiado de apartamiento en el transcurso de todo el tiempo en que no se veían.

Al pulsar el botón del timbre, pensó que Marta tenía unas costumbres algo extravagantes. Como por ejemplo: podía romperle cualquier cosa en la cabeza tan pronto se diera cuenta de que era él quien llamaba, como agradecimiento por la forma que tuvo de despedirse de ella, cuando repentinamente la dejó.

Sabiendo que si le veía era capaz de no abrir, Forrester se hizo a un lado, apartándose de la mirilla de la puerta.

Pero Marta, que dejó de cantar cuando oyó el timbre, no paró mientes en nada de esto, ya que abrió la puerta de par en par. Entonces, al ver quién era, sus ojos verdemar se agrandaron con el más vivo estupor retratado en ellos.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera, cínico! ¡Fisgón! ¡Largo he dicho!

E intentó darle con la puerta en las narices. Pero Forrester no estaba dispuesto a ello. Por tanto, metió el pie entre el marco y la puerta y luego empujó.

Marta retrocedió hasta el centro del recibidor. El entró, cerrando después a su espalda. Se miraron unos cuantos segundos. Como dos gallos de pelea.

—Por favor, Marta, ¿no puedes tratarme un poco mejor?

—¡Maldito bastardo!

A pesar del insulto, Forrester echó a faltar un buen trago de algo fuerte.

Marta era explosiva, pero ahora, en aquellos momentos, lo era aún más. Vestía una escotada blusa de transparente nylon, y Forrester vio que había muy poco más debajo de ella, y unos pantalones cortos.

Siguieron mirándose. Él no supo por cuánto tiempo, hasta que repentinamente Marta dio media vuelta y salió corriendo. Su sugestiva y provocativa figura se borró del pensamiento de Forrester. Salió detrás.

La alcanzó en el saloncito, cuando ella tenía ya en las manos un pesado florero.

Lo mismo que un tigre, así saltó Forrester, derribándola sobre el sofá. La inmovilizó a costa de bastante trabajo, y luego la besó fuertemente en la boca.

Después, sin soltarla, adujo:

—Escucha, gatita, tengo que hablar contigo, ¿sabes? Quiero que me respondas a unas cuantas preguntas. Hay algunos dólares a ganar.

Los ojos de ella, que echaban chispas, empezaron a

perder el brillo casi diabólico que tenían. Bajo sus brazos. Forrester notó que sus músculos se relajaban. Entonces la soltó.

Poniéndose en pie, mientras acusaba fuertemente la falta de respiración, Forrester preguntó:

—¿Quieres traerme algo de beber, ricura?

Marta le miró un rato en silencio, vacilando, hasta que al fin la palabra «dólares» le repiqueteó en el cerebro.

¡Así son todas!

Sin decir palabra dio media vuelta y le dejó solo. Cuando regresó a su lado llevaba en las manos una bandeja con una botella de Whisky y dos vasos, y en sus labios una sonrisa que podía calificarse de prometedora.

—¿Me das un beso, Dick?

Se levantó.

—¿Cómo no, ricura?

Después de besarla tomó asiento y la miró a los ojos. Forrester vio que estaba intrigada.

—He roto con Doris, cariño —mintió, asombrándose de lo sencillo que le había resultado hacerlo—. He venido a…

—¡Al cuerno tú y Doris! —interrumpió ella—. Lo que haya o deje de haber entre los dos no me interesa. Habla pronto y lárgate. ¿Qué es lo que quieres saber?

¿Qué era en realidad?

Ni él mismo lo sabía, pero tenía que hacer o decir algo.

Y lo hizo.

—Escúchame, Marta —dijo—, ¿qué sabes de un hombre llamado Perry Drake?

Era un tiro al azar, pero que hizo blanco.

Forrester vio cómo ella palidecía, aunque no replicó. Por tanto, en vista de ello, continuó hablando:

—Ese hombre sabía que yo había regresado de Alemania, ya que me siguió hasta mi apartamiento. Allí tuve que matarle, no sin que antes me pegara un tiro en el hombro, cuyo vendaje puedo enseñarte cuando desees, pero, por fortuna, sin importancia. Y buscaba esto —al decirlo, Forrester se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y le enseñó los papeles, preguntando al mismo tiempo—: ¿Qué sabes de política, Marta?

Ella no dijo nada durante unos segundos. Luego, ahogó un pequeño grito y después se desplomó pesadamente sobre el sofá, pálida como un cadáver.

Forrester dejó transcurrir unos segundos y fue hacia ella. La tomó de la barbilla, obligándola a que le mirara de frente. Pero los ojos verdes se le mostraron esquivos.

—Vas a contármelo todo, Marta —afirmó fríamente.



—¿Cómo se atreve...?

Estaba temblando. Llena de temor, que se iba agrandando por momentos, hasta que estalló en un ahogado sollozo.

—No…, no sé nada…, Dick. Yo…, yo no sé de qué me es…tás hablan…

No pudo seguir. Detrás de él, Forrester oyó una especie de taponazo. Algo silbó junto a su cabeza y se lanzó al suelo en una impresionante plancha.

Cuando lo tocó, tenía en la mano la poderosa «Magnum».

Los pandilleros eran dos. Dos magníficos gorilas de la fauna del asfalto. Que maldijeron cuando Forrester se lanzó al suelo haciéndoles fallar los siguientes disparos.

Ahora, en el suelo, encaró la «Magnum» y disparó tirando a bulto. Uno de los pandilleros cayó con un tiro en la sien. Antes de que tocara el suelo, Forrester se lanzó de cabeza contra uno de los sillones. Volteó con él mientras las balas picoteaban contra el respaldo.

Forrester respiró un poco. Sólo un segundo o dos. Luego gateó otro poco y se asomó con precaución.

Cazó al pandillero en aquel preciso momento, pensando que hay hombres que merecen la muerte por su estupidez. Si el «gangster» hubiera permanecido frente al sillón, al acecho, sus posibilidades hubieran sido casi nulas.

Pero no fue así. El pandillero, viendo que Forrester se parapetaba detrás del sillón volcado, intentó buscar refugio en el otro situado a unas yardas y colocado contra la pared. Saltó hacia allí, y fue en aquel entonces cuando la bala de la «Magnum» le taladró la cabeza, llevándose con ella un lado de la cara.

Con un quejido ronco, el hombre se desplomó de bruces. Forrester se puso en pie y su mirada fue para Marta.

La rubia ya no daría más guerra. Ya no se metería ni metería a nadie más en lío alguno. Estaba muerta, caída contra el sofá, como si estuviera descansando reclinada en él. Un negro agujero en su blanca y bella frente marcaba el paso de la bala que había acabado con su vida.

Fuera se oían voces y carreras, ruido de puertas al abrirse o cerrarse. Forrester atravesó el saloncito y cerró con llave la puerta del apartamiento. Después volvió sobre sus pasos y, rápida pero eficazmente, lo registró.

Nada había en él que diera alguna luz sobre quién o quiénes habían metido a Marta en aquel fregado.

Decepcionado en extremo, Forrester pasó al interior del apartamiento, y momentos después bajaba por la escalera de incendios. Al poner en marcha el motor del «Ford», oyó a lo lejos el ulular de las sirenas de la policía.

Ya con él en marcha consultó el reloj. Eran las doce y media de la mañana cuando se decidió a hacerle una visita a Verónica Dale, y en su propio apartamiento.

También tenía que aclarar con ella algunas cosas. Como, por ejemplo: cómo ellos sabían que él tenía que depositar aquellos documentos en el National Bank. Y de eso estaba bien seguro, ya

que la voladura de éste se lo había dicho claramente, y los únicos que lo sabían eran Milton, Verónica Dale y él mismo.

CAPÍTULO VI

Cerca de Madison, un hombre dejó su automóvil cerca de una boca de riego y luego se apeó de él. Con pasos largos, y después de cerrar la portezuela con llave, caminó por la acera rectamente a la casa de la calle Humbolth, donde sabía que Verónica Dale vivía.

Justamente a la hora en que Forrester llamaba a la puerta de Marta Lansing, Dereck Linsay lo hacía en el apartamiento de Verónica.

Ella, al abrir, hizo lo mismo que la rubia, pero Linsay repitió el truco del zapato y luego empujó, metiéndose dentro. Después cerró la puerta de golpe, con lo que el pestillo encajó. Luego se plantó en el centro del vestíbulo, mirando a la hermosa pelirroja que, con una transparente bata de casa, permanecía en pie, completamente en silencio y mirándole con los ojos llenos de furia, en uno de los extremos de la estancia.

—¿Cómo se atreve…?

—Siéntese, miss Dale —atajó Linsay—. El asunto que me trae es tan importante que no he tenido más remedio que permitirme esta pequeña…, digamos impertinencia.

Verónica continuó en pie, pensando que si Linsay se acercaba a ella, iba a recibir la mayor lección de su vida.

Pero no se acercó. Simplemente la miró con los ojos como ascuas y siguió hablando, en vista de que ella seguía en el más completo silencio:

—¿Qué fue a hacer anoche en la casa de Dick Forrester, miss Dale? —y ella se sintió incapaz de contestar por el momento, víctima del estupor—. Necesito saberlo ya que es vital para mí. Tendrá todo lo que quiera. Todo lo que anhele, miss Dale. Podrá dejar este apartamiento e ir a un sitio mejor si lo desea. Es… es un asunto muy importante para mí.

Poco a poco, Verónica se fue serenando. En su mente se estaba forjando una pregunta que podía resumirse en cómo diablos lo sabía aquel abogado.

Sin expresar el asombro que sentía, dijo:

—Lo tendría también si no lo dijera, ¿verdad, míster Linsay?

Ahora sí que el aludido dio un paso hacia ella, sin lograr comprender cuál era el juego que se traía entre manos. Sin sospechar siquiera que lo hubiera.

—Lo tendría también, miss Dale —replicó—. Y usted lo sabe.

—No me interesa, míster Linsay. No de ese modo.

—Siempre pensó mal de mí, miss Dale. Lo que yo le propongo es que se case conmigo.

Verónica sonrió y esto le dio confianza a él, puesto que avanzó otro paso. Ya no se detuvo hasta que sintió su perfume.

—Es la pura verdad, Verónica —dijo entonces—. Pero antes, tengo que saber eso —mintió ahora con todo cinismo—. Comprenda, se trata de mi hija.

Linsay no dijo más. Verónica creyó comprenderle, y entonces replicó:

—No es lo que usted piensa. Fui porque me perdí en la niebla. Luego hice un trabajo a máquina por el cual me pagó. Lo que haya entre ese hombre y su hija me importa muy poco. Nada. Absolutamente nada, míster Linsay.

Pero mentía, aunque Linsay no se dio cuenta.

Por unos instantes estuvo tentado de hacer una pregunta pero se la guardó para él, aunque en el acto hizo otra:

—¿Y no podría saber qué clase de trabajo era ese? Comprenda que si no se explica yo no puedo saber si usted dice la verdad.

El rostro de Verónica se crispó un tanto, y luego replicó:

—Eso es todo cuanto puedo decirle, míster Linsay. No hay más como tampoco lo hubo para quienes preguntaron lo que hacía en su casa cuando trabajaba para usted.

Tenía razón. Linsay lo comprendió así y no insistió. Pero su mente trabajaba activamente, a pesar de su silencio.

—Volveremos a hablar de esto, miss Dale —prometió—, sobre todo si ahora que está sin trabajo le interesa mi proposición.

Dio media vuelta, sin volverse alcanzó la salida y Verónica quedó estupefacta al darse cuenta de que él no había intentado nada, a pesar de la bata que llevaba puesta.

Este pensamiento no la abandonó en la hora siguiente. Con tanta insistencia que, cansada de él, se vistió, poniéndose aún más excitante que nunca, y salió a la calle.

Diez minutos después tomaba un taxi, prometiéndole al conductor doble propina si la llevaba aprisa. Pero cuando llegó a su destino, la persona a quien iba a ver no estaba en aquellos momentos.

***

Cerca ya de Madison, Forrester recordó a los dos «gangsters», y con ellos a Pietro Montelli. No conocía personalmente al pandillero,

pero sabía de sus andanzas. Por eso no le cabía en la cabeza que fuera éste el que llevara aquel complicado asunto en Chicago.

Había otra cabeza. Montelli podía ser un buen pandillero, pero nada más. Forrester no le concedía la suficiente inteligencia para dirigir en la ciudad del lago Michigan, ni en parte alguna, un tinglado como aquél.

Por tanto, otra persona andaba detrás de éste. La misma que le pagaba, la misma que manejaba hombres para que le mataran a él y le quitaran aquellos papeles.

Pensando en ello, Forrester recordó a Verónica, con lo que el hilo de sus ideas se desvió por completo durante unos instantes. Pero luego volvió a ellas con más insistencia que nunca.

Aquella cabeza que él adivinaba, era la única que le faltaba para completar la lista. Se sabía de memoria nombres, cifras y fechas, pero de otros países. Alemania por ejemplo. Incluso la propia Inglaterra.

Siempre dándole vueltas a lo mismo, alcanzó el apartamiento de Verónica. Sus ojos chispearon cuando pulsó el botón del timbre. Pero ella no estaba allí. Visiblemente decepcionado por esto, Forrester volvió al coche. Al poner el motor en marcha se dijo que haría una visita a Doris en su propio domicilio. De paso, pensaba hablar también con Linsay.

Sonriendo de extraña manera, Forrester enfiló el motor del «Ford» recto hacia el Washington Boulevard, donde ella tenía su domicilio. Ya dentro del ascensor, consultó de nuevo el reloj.

Era la una menos cuarto cuando apretó el timbre.

Dentro, Doris miró a la doncella que iba a abrir la puerta, diciendo:

—Lo haré yo misma, Carla.

La bella y hermosa doncella se apartó para dejarla pasar. Luego, cuando vio al visitante, retrocedió discretamente. Durante unos segundos los dos se miraron en silencio.

Fue Doris la que lo rompió cuando dijo:

—No te quedes allí. Pasa, Dick, querido.

Cuando terminó de hablar, Forrester ya estaba dentro, besándola. Luego la pellizcó cariñosamente una mejilla y ella correspondió del mismo modo.

Después le tomó del brazo, y él la siguió a un apartado rincón del vestíbulo. Allí, ella se empinó sobre las punteras de sus zapatos y le ofreció los labios. Después del beso, Doris exclamó:

—Papá quiere hablar contigo, Dick.

—¿De qué?

Forrester lo preguntó, a pesar de saber de antemano cuál iba a ser la respuesta.

—Creo que de nosotros, Dick. Al parecer no le gustan mis salidas contigo, al menos hasta tan tarde. Estaba esperándome anoche cuando regresé. ¿Comprendes, querido?

Forrester lo comprendía. Lo estaba comprendiendo desde hacía tiempo. Por lo tanto, no le sorprendió aquello, como tampoco le sorprendían algunas cosas que mantenía calladas, casi desde que empezó aquel embrollo. Desde un mes antes de que él marchara al extranjero, siguiendo el impulso de una corazonada que motivó primero las risas de sus compañeros, y después la de su propio jefe.

No se había equivocado, ya que el resultado había sido aquél. ¡Una bomba que guardaba en sus bolsillos, y que de hacerla estallar, o mejor dicho, en el momento en que la hiciera estallar, iba a conmover al mundo entero!

Súbitamente dejó de pensar ya que Doris, colgada ahora, materialmente de su brazo, tiraba de él hacia el comedor. Y por si fuera poco estaba diciendo:

—Vamos, Dick. Están a punto de servir la comida. Lo harás con nosotros y luego os dejaré solos.

En vista de que él, a pesar de seguirla de buen grado, al parecer, continuaba callado, Doris preguntó:

—¿Es que no me escuchas?

Forrester la tomó por la cintura y, por toda respuesta, la besó suavemente.

Dentro del comedor estaba Dereck Linsay, vestido tan irreprochablemente como siempre. Se levantó nada más verles entrar. Luego avanzó hacia Forrester y le tendió la mano que éste estrechó, al parecer, sin reparo alguno.

—Hola, Dick —saludó—. ¿Ya de vuelta?

—Sí —replicó Forrester—. Llegué anoche.

Eso fue todo, pero no para Linsay. El abogado había reparado en la dificultad que había tenido él al estrecharle la mano y preguntó:

—¿Qué es eso, Dick? ¿Te duele el brazo?

La respuesta de Forrester fue endosarle el mismo rollo que le soltó la noche anterior a su hija. Linsay pareció convencido, pero Doris sonrió a medias, sin que al parecer Forrester se diera cuenta de ello.

La siguiente frase también surgió de la boca de Linsay.

—Te quedarás a comer con nosotros. ¿Verdad, Dick?

—Sí, acaba de invitarme Doris.

Linsay hizo una seña, y Forrester se sentó. A su lado lo hizo

Doris, y al hacerlo, Linsay pareció reparar en que ella llevaba sólo una blusa y un pantalón enormemente corto, y dejaba al descubierto sus hermosas piernas.

—¿No te parece que para sentarte a la mesa tienes que vestirte primero, Doris? —preguntó—. Anda, y ve a tu cuarto. Date prisa, que te esperamos.

Doris miró a Forrester y él apartó los suyos para fijarlos en Lindsay. La cara del abogado estaba seria.

Y siguió así hasta que Doris se levantó y desapareció escaleras arriba contoneándose al andar, seguida por la mirada de Forrester.

Cuando desapareció de su vista miró a Linsay, encontrándose con que éste le estaba mirando a su vez.

Esperó, sabiendo que el truco de mandarla a cambiarse de ropa sólo tenía una explicación. Forrester tampoco se equivocó en esto, ya que Linsay empezó rápidamente, como si temiera que ella se presentara al instante.

—Iba a ir esta tarde a tu casa para hablarte, Dick —dijo—. Se trata de Doris. ¿Cuándo os casáis?

—No creo que tardemos mucho —mintió, ya que estaba pensando en que tal vez eso no sucedería nunca.

—Escucha, Dick. Ella vino muy tarde a casa, y yo sé dónde estuvo. Supongo que no estarás mintiendo al decir que os casáis pronto. Esto vuestro ya dura unos cuantos meses. ¿Me equivoco?

El recuerdo de cierta tarde a orillas del lago Michigan cruzó por la mente de Forrester.

No, Linsay no se equivocaba. Pero no lo dijo. Simplemente tuvo en la punta de la lengua una respuesta mordaz, referente al estado en que entró en su casa Verónica Dale, pero también lo silenció, sabiendo que aquél no era el momento de decirlo.

No obstante, replicó, aunque fuese con algo bien distinto de sus pensamientos, a lo que quería decir:

—He dicho todo lo que tenía que decir, querido suegro.

Al pronunciar las dos palabras finales, Forrester pensó que aquel calificativo no le gustaba, pero que alguno tenía que darle, caramba.

Linsay le miró gravemente durante unos segundos y luego fue a hablar de nuevo, pero no logró hacerlo. La voz de Doris, viniendo de tras su espalda, se lo impidió:

—¿De qué estáis hablando? ¿Os parecen bien los secretos no estando yo presente?

Los dos hombres se volvieron a un mismo tiempo, y Forrester sintió lo mismo que siempre que se encontraba junto a ella. Que la

sangre le circulaba más de prisa por las venas, y eso que Doris era su prometida.

No era porque se hubiera vestido en forma detonante, sino todo lo contrario. Doris llevaba ahora una cortísima falda, medias de nylon, zapatos de alto tacón, y cubriendo su busto una sencilla blusa abotonada por delante.

Sin decir una palabra más, pero mirando a su padre como en espera de una respuesta a su irónica pregunta, Doris avanzó hasta sentarse en el lugar que ocupara anteriormente.

Al hacerlo, después de imitarla también, su padre respondió a sus dos preguntas resumiéndolas en una sola respuesta:

—Le estaba diciendo a Dick que yo sabía que su viaje al extranjero no era en plan de vacaciones, sino que iba en busca de algo. Le estaba preguntando si había tenido éxito en sus pesquisas.

Aquello era una mentira tan grande como el edificio del Capitolio en Washington. Por tanto, Forrester no podía pasarlo por alto. Y no obstante, le siguió la corriente.

—Empezaba a contestarle cuando apareciste, querida —y aquella sencilla palabra final se le antojó a Linsay de muy distinta manera de lo que había querido especificar Forrester, que siguió hablando como si tal cosa, a pesar de haberlo notado perfectamente —: Le iba a decir que, efectivamente, fui de vacaciones. Por lo tanto, siento que por esta vez la inteligencia de tu padre haya fracasado conmigo. Nada iba a buscar y, por tanto, hada tenía que traer.

La llegada de la doncella con la comida, cortó en seco la respuesta que iba a dar Lindsay.

CAPÍTULO VII

Cuando ella se fue, andando de tal manera que Forrester la miró sin recato alguno a pesar de estar Doris presente, lo que le importaba muy poco (dicho sea de paso), fue ella la que preguntó:

—¿Lo pasaste bien, Dick?

Forrester la miró de frente y respondió sonriendo:

—Sí, lo he pasado divinamente.

—¿Acaso, lo mismo que con la mujer que te visitó antes de que yo llegara, Dick?

Instantáneamente, Forrester recordó las palabras que aquel mismo día le había dicho Verónica, pero viceversa, o sea, refiriéndose a Doris.

—Aquella mujer no tenía nada que ver conmigo, ni tiene que ver ahora, muchacha. Fue a mi casa porque se perdió en la niebla. Luego me hizo un trabajo de mecanografía. Eso es todo.

Linsay pensó que aquellas mismas palabras las había pronunciado Verónica Dale, hacía escasas horas, cuando él fue a visitarla.

—Quisiera creerte, Dick —susurró ella.

Como le daba igual, Forrester optó por permanecer callado, hasta el final, de la comida.

Eran las tres de la tarde cuando salió de la casa de Linsay. Subió al «Ford» y arrancó a buena marcha rectamente hacia la calle Veintitrés Oeste.

Durante algunas horas, Forrester permaneció allí dentro, en el decimoquinto piso, hablando y hablando. Cuando salió, era completamente de noche.

De nuevo en el «Ford», emprendió el camino a Washington Boulevard, pensando en Verónica Dale. Y es que cada vez le gustaba más aquella extraña y hermosa mujer, con aires de coqueta y de niña al mismo tiempo.

Sí; estaba seguro que merecía la pena verla de nuevo, y no precisamente por causa de aquellas dichosas cuartillas, sino por ella misma. Y fue al sonreír ante sus propios pensamientos, muy cerca ya de su casa, cuando uno de los neumáticos reventó.

Forrester tuvo suerte, ya que pensando en Verónica había reducido mucho la velocidad a que marchaba. Y no obstante, el

«Ford» derrapó, subiéndose a la acera, para quedar luego con el motor a escasas pulgadas del tronco de uno de los corpulentos árboles que festoneaban ambos lados de la calzada.

Forrester masculló algo entre dientes y bajó del automóvil, dio una vuelta en torno, hasta que vio el neumático. Entonces comprendió que no podía seguir conduciendo, y buscó con la mirada algún establecimiento de bebidas.

Veinte yardas más allá vio el letrero de uno y se encaminó hacia allí a toda prisa. Pero pareció perderla de súbito cuando se sentó en uno de los taburetes frente a la barra y teniendo un vaso de whisky en la mano.

Y es que en el momento de entrar, volvió a pensar en Pietro Montelli y en los papeles que hacía entregado a Verónica Lake, y que ella no había devuelto, ya que las copias que tenía en su poder eran falsas.

En la voladura del National Bank, y de nuevo en la mujer, diciéndose que sólo ella y Milton sabían lo que había ocurrido en él «living», aparte del beso, claro, ya que esto último sólo lo sabían Verónica y él.

Forrester pensó también en cómo se había enterado Doris que Verónica había estado la noche anterior en su apartamiento, mucho antes de que ella le visitara. Y entonces, al pensarlo bien, fue cuando verdaderamente se sintió desconcertado, aunque no tanto como hacía presumir la expresión de su rostro.

Dejó de pensar en todo acuello cuando se levantó del taburete que ocupaba y fue a la cabina telefónica. Discó el número del garaje donde guardaba el «Ford», dio el nombre y el número de la calle donde se encontraba para que vinieran a recoger el automóvil, y después volvió a la barra.

De nuevo sentado en el taburete, todo aquel tinglado desfiló por su mente, pero sobre todo la conversación sostenida aquella misma tarde en la Veintitrés Oeste.

Y comprendió que tenía prisa. Que tenía que moverse como el viento si quería tener un poco de suerte. Que debía acabar aquello, a ser posible, esa misma noche. Entonces se preguntó cuántas horas hacía que no dormía, y decepcionado se dijo que no lo sabía.

Dejó un dólar en el mostrador, y sin esperar el cambio dio media vuelta y salió a la calle. Una vez en ésta miró el reloj. Las ocho y media de la tarde. Había perdido mucho tiempo en la Veintitrés Oeste y tenía que recuperarlo.

Alargó el paso, y pensando en Milton, al que tenía que encargar ciertas diligencias, cortó por una calleja para alcanzar cuanto antes

Washington Boulevard, donde vivía.

Caminó por ella casi hasta el centro, antes de advertir que detrás de él venía un automóvil. Y fue cuando éste hizo señas con los faros para que se apartara a un lado.

Forrester se subió entonces a la acera, no sin antes lanzar una mirada hacia atrás. Y pudo darse cuenta, ya que éste tenía los faros semiapagados, que era un largo, negro y potente «Nash».

La cosa no le hubiera llamado la atención, ya que nada tenía de extraño el que se arrimara al bordillo y parara, ni aun que la portezuela se abriera para dar paso a aquellos dos hombres, si no hubiese advertido que algo brillaba en sus manos.

Fue muy a tiempo. Tanto, que Forrester se movió como una centella, al meter la mano bajo la axila y extraer la «Magnum» mientras se lanzaba al suelo de cabeza.

En tanto los primeros balazos aullaban por encima de su figura, rebotó por el duro pavimento de la acera, y de éste fue a parar al asfalto de la calleja. Los dos hombres se habían separado con lo que el blanco que ofrecían era bastante difícil.

Pero no lo fue para él cuando disparó contra el más cercano y que seguía en la acera.

Le dobló de un balazo en el corazón, y mientras el eco de la detonación de la «Magnum» se perdía calle abajo, Forrester dio otra media vuelta sobre sí mismo, y el balazo del otro pandillero le chamuscó un mechón de sus cabellos.

Disparó de nuevo, y mientras caía el pistolero con un tercer ojo en medio de la frente. Forrester se puso en pie y avanzó de manera decidida hacia el «Nash», con una expresión nada agradable en su rostro de halcón.

Pero no llegó a él. El automóvil, que tenía el motor runruneando al relentí, se puso súbitamente en marcha y Forrester tuvo el tiempo justo de volver a la acera.

Luego perfiló un rostro de mujer, una enguantada mano que sostenía una pavorosa automática, y se agachó en el preciso momento en que por la negra boca del arma salía un rojo lengüetazo de fuego junto con el blanco golpazo de humo.

Después oyó el silbido del proyectil, y el choque de éste contra la pared de la casa que había a su espalda. Entonces se irguió, mirando el rojo faro piloto del coche negro, que ya se perdía calle abajo.

Se acercó ahora a los dos pistoleros. Como ya supuso en un principio, ambos estaban muertos. Al mirarles, el nombre del «gangster» italiano acudió de nuevo a su mente. Y entonces se

preguntó, que ya que tenían los papeles, para qué querían asesinarle fríamente.

No encontró una respuesta favorable hasta que no estuvo dentro del ascensor que tenía que conducirle a su apartamiento. Sólo entonces se dio cuenta de que, para ellos, él sabía demasiado.

De que podía recordar nombres, incluso de príncipes, japoneses los unos, alemanes los otros, aunque éstos no fueran príncipes. Lugares, hechos y fechas, con la misma exactitud que si los estuviera leyendo en las cuartillas que mecanografió Verónica Dale. La mujer que más le gustaba de todas las que había conocido, y la que más sospechosa se le presentaba hasta aquel momento.

Pulsando el timbre de su apartamiento, Forrester consultó el reloj, y ahora no fue por pura fórmula, si no porque estaba pensando en la Veintitrés Oeste, debido a una idea que se le acababa de ocurrir, y que tal vez le llevara, a la cabeza que adivinaba en Chicago.

Lamentó que fueran las diez tocadas, ya que era demasiado tarde para dar media vuelta, buscar un taxi y hacer aquella noche todo lo que había pensado.

Milton, al abrir la puerta, interrumpió sus pensamientos.

Ya en el interior, éste no le dejó hablar, puesto que preguntó rápidamente:

—¿Te ha sucedido algo, Dick?

Forrester sonrió.

—Nada, Milton. Estuve en casa de Doris y luego fui a la Veintitrés Oeste.

—¡Diablos! ¿Tan pronto?

Forrester asintió con la cabeza y luego replicó:

—Sí. Pero ten en cuenta que nadie debe saber aún que yo he vuelto a Chicago.

Sin saber por qué, Milton pensó que esto también lo sabían Doris Linsay y su padre, y aquella otra mujer, Verónica Dale.

Pero replicó con otra cosa bien distinta, mirando a Forrester a los ojos:

—No me lo cuentas todo, y eso no está bien, Dick.

Forrester le miró a su vez en forma especulativa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Yo, nada. Ya lo dicen los periódicos por mí. Has armado un revuelo que ni una revolución tiene parangón con él. ¿Conque se cargaron a Marta Lansing? Y claro, tú eres el desconocido que liquidó a los dos pandilleros. Y los dos hombres de Pietro Montelli. Apuesto a que a estas horas lo está buscando la policía.

Forrester se encogió de hombros y preguntó:

—¿Qué dicen de la voladura del Banco?

—Que lo hizo un grupo de terroristas.

Forrester rió ahora, francamente divertido.

—¿Mencionan algo del cadáver que sacaste de aquí, Milton?

—Sí, lo encontraron donde lo dejé, junto a la Gran Estación Central, al lado de la caseta del guardabarreras. Me vi negro para soltarlo sin que el hombre me viera. A estas horas debe de estar sudando por el interrogatorio de la policía.

Milton rió su propia gracia. Luego, cuando terminó de hacerlo, Forrester le dio algunas instrucciones y dos telegramas para el extranjero. Al leerlos, Milton frunció el entrecejo pero no dijo nada. Simplemente, se limitó a mirarle como a un ser de otro planeta.

Y para cortar aquella mirada, Forrester preguntó:

—¿Dónde están los periódicos, Milton?

El gigante se dio una palmada en la frente y luego señaló la puerta del «living».

—Allí dentro —indicó—. Y no sé si es una gata, una pantera, un tigre de Bengala o una mujer la que los está leyendo. Aún no sé cómo catalogarla.

Forrester levantó una ceja, preguntando:

—¿Quieres decir que hay una mujer esperándome? ¿Doris quizá?

Forrester no pudo evitar que su última pregunta sonara con un tono de fastidio que hizo a Milton sonreír picarescamente.

—Anda —dijo después—, pasa y sabrás quién es.

Forrester hizo un gesto indefinible y cruzó la estancia. Abrió la puerta del «living» y Milton vio cómo se detenía en seco antes de cruzar el umbral. Al punto adivinó en su cara un bien fingido gesto de indiferencia, cuando él sabía que era todo lo contrario.

Efectivamente, Forrester se detuvo antes de entrar, mirando a la que, con las piernas cabalgando la una sobre la otra, le miraba a su vez por encima del periódico que tenía en las manos, y que indudablemente había estado leyendo.

Su cara permaneció impasible aun cuando Verónica Dale descruzó las piernas para, acto seguido, dejarlas en el suelo y extenderlas frente a ella. Luego dejó caer el periódico y clavó sus maravillosos ojos en él.

Forrester cerró la puerta y avanzó unos pasos, mientras, fuera, Milton esperaba, sabiendo que de un momento a otro él le llamaría.

La actitud de Verónica se hizo en extremo peligrosa, y su sonrisa aún más. Pero Forrester no llegó a ella. Se detuvo en el centro de la

estancia y su voz sonó fría cuando dijo:

—Fui a verla a su casa pero no la encontré, miss Dale. Pero lo que no creí nunca, es que tuviera la desfachatez de venir a esta casa. ¿Sabe que es muy posible que no salga viva de aquí?

Verónica se desperezó, y nunca fue más felina y provocativa su figura cuando, sonriendo, entrecerró los ojos sin replicar. Forrester soltó una maldición y preguntó secamente;

—¿Cuánto le pagaron por entregar esos papeles, miss Dale? Es la segunda vez que se lo pregunto. De usted depende el salir con vida de esta casa. ¡Ah, y también quiero saber el nombre de quién la pagó!

Verónica se movió en el sofá. Luego habló por primera vez, cuando Forrester estaba sintiendo la imperiosa necesidad de ir hacia ella y abofetearla.

—Esta mañana dije cuanto tenía que decir. Yo no abandoné el bolso ni un solo segundo. No me explico quién los cambiaría.

Forrester sonrió sin alegría, y los rasgos de su rostro de halcón se endurecieron aún más.

—¿Espera que me lo crea, miss Dale? —dijo—. Nadie sino usted sabía que iba a llevar los papeles al National Bank. Nadie sino usted sabía lo que había en ellos, y nadie sino usted se los llevó de aquí. ¿Cómo explica ese cambio? —y como viera el gesto de ella, Forrester agregó secamente—: Sí; ya sé que usted dice que no lo sabe. Pero eso no me basta. Hay muchas vidas en peligro y comprenderá que no voy a vacilar en acabar con otra más. ¿Qué decide?

Verónica le miraba atentamente ahora, olvidada de su postura, olvidada por completo de que aquel hombre le gustaba como ningún otro. Y lo olvidó por completo cuando vio aquella luz en los ojos de Forrester.

Entonces se levantó precipitadamente, con un revuelo de encajes, pero él no hizo ningún movimiento agresivo. Simplemente, y con una frialdad que aterraba, se volvió yendo a la puerta del «living», la cual abrió de un violento tirón.

Como si supiera de antemano que Milton estaba allí esperando, que no había salido aún a cumplir sus encargos, llamó en el acto:

—¡Milton, entra!

El gigante lo hizo. Forrester cerró la puerta tras él y le encaró diciendo:

—Llévatela de aquí, y procura que no grite. Luego hazla cantar. Es la única que sabe quién tiene esos malditos papeles.

Por primera vez desde que estaba allí, Verónica sintió verdadero

miedo. Se levantó del todo y miró a los dos hombres con gesto de perro acorralado. En los ojos de Forrester no vio piedad alguna, ni tampoco el más ligero reconocimiento. En los de Milton, algo indescifrable para ella.

Pero notó que él no se movía. Entonces empezó a hablar rápidamente:

—Yo no sé nada, Dick. Es verdad lo que digo. Por favor. Es…, es horrible todo esto. No… Eso no. Por fa…

El gesto seco de Milton, hecho con una de sus manos, la detuvo en mitad de la palabra, y luego la estancia empezó a darle vueltas cuando le oyó decir, encarando a Forrester:

—Si anoche, cuando se fue miss Dale, no hubiera venido Doris, te hubiera dicho lo que hice, Dick.

Siguió un tenso silencio mientras se miraban.

CAPÍTULO VIII

Forrester no pudo evitar que un extraño gesto se plasmara en su siempre impasible semblante. Luego su voz sonó ronca en demasía cuando preguntó:

—¿Qué quieres decir, Milton?

Antes de que éste contestara, Verónica se desplomó sobre el sofá. Ahora no había nada de felino en su figura, pero sí lágrimas en sus ojos.

Y es que con intuición muy femenina, acababa de adivinar de un solo golpe lo que estaba entrando poco a poco, trabajosamente, en el cerebro de Forrester.

—Escucha, Dick —replicó Milton—. Tú llevabas tres días en Chicago cuando ese pandillero entró aquí y te pegó un tiro. Yo esperaba algo de esto cuando me diste a leer tus escritos. Sabía que alguien te buscaría, basándome en tus propias sospechas. Tuve tiempo, mucho tiempo, para falsificar unas copias mecanografiadas y guardarlas en un sitio donde no fuera muy difícil encontrarlas. Luego, y como no me fiaba de esta mujer, di el cambiazo. Pensaba decírtelo, pero…, ¡cualquiera te aguanta cuando hay una mujer delante, Dick!

El rostro de Forrester estaba ceñudo. Tanto, que Milton creyó por unos segundos que iba a agredirle. Pero no fue así, ya que se limitó a decir:

—Necesito que esos telegramas salgan esta misma noche, Milton. De lo demás, ya hablaremos.

Sin replicar, Milton dio media vuelta y salió, cerrando la puerta a su espalda, mientras Forrester se volvía para mirar a Verónica. En los ojos de ella ya no había lágrimas, pero tampoco estaba sentada en el sofá, sino encima de éste y reclinada contra uno de los respaldos. Y no sonrió a pesar de ello cuando preguntó:

—¿Y ahora qué, míster Forrester?

Ya no le llamaba Dick como antes, ni había promesas en su figura de diosa pagana.

Esto lo vio Forrester en un segundo, y al siguiente se encontró pensando en muchas cosas al mismo tiempo. La imprevista confesión de Milton echaba por tierra una de sus teorías. Quizá la más factible de todas. Y volvió a acordarse de la voladura del Banco

y a preguntarse cómo lo habían sabido.

—¿Calla, míster Forrester?

La miró de frente sin replicar y volvió a sumirse en sus pensamientos, pero ahora eran bien diferentes de los de antes. Y lo demostraron sus primeras palabras cuando, sin dejar de mirarla, replicó:

—Está bien, miss Date. No tengo más remedio que reconocer que me he equivocado. Pero convenga conmigo en que había muchas cosas en contra de usted. Se puede decir que todo, incluso la voladura del Banco, segundos antes de que nosotros llegáramos a él. Alguien tuvo que avisar que…

—Eso tendrá que averiguarlo usted —atajó ella—. Yo…

—Sé lo que va a decir. Pero aún tengo algo más en contra de usted, miss Dale. Ese desusado interés que muestra para conmigo. Ese deseo de atraerme por todos los medios. Eso también estaba en su contra, ¿comprende?

Verónica lo comprendía, aunque en aquel entonces ni lo pensó, ya que repitió como un eco:

—Por todos los medios, Dick. Por todos…

Calló mirándole con los rojos labios entreabiertos en una sonrisa, mientras Forrester iba hacia ella.

Verónica sólo se movió para tenderle los brazos, y cuando él la besó correspondió ardientemente a la caricia.

Después, un par de minutos después, ella se separó de sus brazos casi con violencia. Forrester la miró un tanto asombrado.

—¡Verónica!

Ella rió suavemente.

—Nunca beso más de medio minuto antes de cenar, querido. Por otra parte, está Doris Linsay.

—¡Al cuerno Doris! Y allí está la cocina. Puedes preparar algo si verdaderamente sabes guisar, ya que tampoco he cenado yo.

Verónica rió de nuevo.

—Sé de un sitio mejor, Dick —replicó—. ¿Quieres llevarme?

—¿A dónde?

—Al «Chicago Michigan». Está junto al lago y es un lugar agradable. Allí podremos cenar.

Forrester la miró resignado y accedió.

Unos minutos más tarde, ambos tomaban un taxi, que les dejó en el restaurante de la orilla del lago.

El «Chicago Michigan» era un club en el cual se podía cenar si se quería bailar, e incluso ver u oír a alguno de los cantantes de moda.

Una camarera de maravillosas piernas, y con una maravilla

también de ropa, por lo escasa, les condujo junto a la pista de baile, pero en un rincón agradable, situado en la semipenumbra de los focos.

Había gente en la pista cuando llegaron, y la orquesta estaba tocando un «mambo». Verónica, sentada frente a aquélla, miró durante un largo rato a los bailarines, y repentinamente se sobresaltó de manera visible.

Al punto la voz de Forrester sonó a su oído:

—¿Qué te pasa, Verónica?

Ella volvió el rostro excitado hacia él.

—Aquella pareja —replicó—. Es Dolly Dayton. Por lo visto, Dereck Linsay no pierde el tiempo. ¡Cómo va vestida!

Aquello era una admiración, como así lo comprendió Forrester, aunque no pensó lo mismo al verla allí, y vestida de aquella manera tan elegante.

—¿Qué buscaba contigo Dereck Linsay, Verónica?

Ella se volvió a mirarle con la sorpresa retratada en su bello semblante, ante la pregunta que no esperaba.

Pero replicó, viendo el interés de él:

—Dijo que quería casarse conmigo, Dick.

Forrester hubiera podido contestar a aquello, pero no lo hizo.

—¿Y…?

—Mi respuesta ya te la di un día. Por tanto, prefiero no hablar más de este asunto.

La llegada del camarero con la cena impidió la respuesta que iba a dar Forrester.

Terminada ésta, enlazó a Verónica por el talle y la llevó a la pista de baile. Pero no llegó a terminar la pieza que estaban tocando. Repentinamente, ella dejó de hacerlo, y Forrester la miró con una muda pregunta en los ojos.

—¿Tan mal bailo?

—No es eso, Dick. Es que, sencillamente, me ahogo aquí.

Diciéndolo, Verónica le tomó del brazo y tiró de él. Pensando en qué nueva idea se había cocido en su bella y pelirroja cabeza, Forrester se dejó llevar.

Así, los dos juntos, de la mano, atravesaron la pista de baile y luego, por entre las mesas, hasta la oscura terraza, desde donde el lago Michigan se divisaba en todo su esplendor.

Pero Verónica no se detuvo allí, sino que siguió andando hasta encontrar una escalera en medio de dos espesos macizos de flores y bajó por ella. Diez minutos después, ambos estaban caminando por la orilla del lago en el más completo silencio, y un cuarto de hora

más tarde, Verónica se adentró por entre el boscaje sombrío de los árboles.

Luego se detuvo entre ellos, junto a la misma orilla del lago. Soltó la mano de Forrester y se sentó.

—Siéntate a mi lado, Dick —dijo en un susurro.

Forrester lo hizo sin mirarla mucho. Pero no pudo dejar de hacerlo cuando ella dijo, en un tenue susurro:

—Dick…

Al instante de volverse para encararla, la tuvo entre sus brazos. Después de besarla, Forrester preguntó:

—¿A pesar de Doris, Verónica?

Y ella replicó, dando la misma respuesta que dio él anteriormente:

—¡Al cuerno Doris, Dick! ¿Qué culpa tengo yo de quererte?

Un par de horas más tarde, llevándola enlazada por la cintura, Forrester la condujo hacia la salida del restaurante.

Tuvieron suerte, ya que nada más salir de él encontraron un taxi vacío. Forrester la empujó dentro y luego subió en pos de ella. Antes de que pudiera decir nada, Verónica volvió los ojos para mirarle, diciendo ya:

—Llévame a casa, Dick.

Ya no volvió a hablar hasta que el taxi se detuvo frente a la puerta. Entonces rompió el silencio que había reinado entre los dos, con una sencilla pregunta:

—¿Subes, Dick? Puedo ofrecerte algo para beber.

Forrester la acompañó, después de pagar al taxista, añadiendo una propina que le hizo bizquear de asombro.

CAPÍTULO IX

Hubo alguien que vio salir a Forrester de su apartamiento acompañado de Verónica. Y fueron los ocupantes del negro «Nash».

Eran dos y estaban esperando precisamente esto. No es que tuvieran la seguridad de ello, después de salir Milton, y cuando ya estaban decididos a esperar mejor oportunidad, Forrester salió en buena compañía.

Dentro del «Nash», los dos se miraron.

—¿Vamos ahora?

La voz del hombre sonó grave al replicar:

—Pueden volver, y no quiero que me encuentren dentro.

Hubo un conato de risa dentro del automóvil y después, entre risas también, llegó la respuesta:

—No te preocupes, Forrester lleva buena compañía. Apuesto a que no vuelve en toda la noche.

Ante estas palabras, el rostro del hombre se volvió duro como el granito y sus ojos centellearon.

—Milton está en la calle y puede volver —fue lo que replicó.

Al punto sonó otra nueva risita.

—No tendrás miedo, ¿verdad?

El hombre se volvió a mirar de frente y replicó en tono seco:

—No. Pero he decidido esperar un cuarto de hora. Entonces entraré en la casa. Si hay peligro, avísame con un par de toques de bocina.

Consultó el reloj del «tablier». Eran las once y cuarenta y cinco minutos de la noche. Con este gesto, el hombre dejó de hablar. Su acompañante, como si supiera que le molestaba con su charla, dejó de hacerlo también y permaneció en el más completo silencio.

Los minutos empezaron a transcurrir lentos y monótonos en el interior del «Nash», hasta que transcurrieron los quince. Después, de manera repentina, una mano enguantada tomó la manecilla de la portezuela y la abrió. De haberla visto Forrester, la hubiera reconocido al instante, ya que aquella misma mano, horas antes, había intentado matarle.

Sin embargo, fue un hombre el que descendió del automóvil. Al hacerlo, la esfera da su reloj de pulsera brilló unos instantes a la luz de los faroles del alumbrado. De haberlo visto, Forrester también

hubiera reconocido al hombre.

Este, después de descender, miró de un lado para otro a los escasos peatones que circulaban a aquellas horas, y luego, con una tranquilidad digna de aprecio, empezó a andar. Diez yardas más allá se detuvo y encendió un cigarrillo con mano que no temblaba.

Cuando lanzó la primera bocanada de humo azul al espacio, siguió andando de nuevo. Junto a la escalera donde vivía Forrester, el hombre tiró el cigarrillo al suelo y lo pisoteó.

Hecho esto, sacó un manojo de llaves del bolsillo y manipuló unos minutos en la cerradura. Al fin, ésta se abrió sin un solo ruido y el hombre entró igual que una sombra. Pero no cerró la puerta a su espalda, aunque sí la ajustó bien.

Tampoco tomó el ascensor, sino que subió por la escalera hasta alcanzar el apartamiento de Forrester. Una vez frente a la puerta, repitió la misma operación que con la de la calle, valiéndose para ello de la mano izquierda, ya que la derecha sostenía, dentro del bolsillo de su bien cortada chaqueta, la culata de una «Star» del nueve corto.

Por fin abrió. Y esta vez sí que cerró con llave, cuando se encontró en el interior. Pero no encendió ninguna luz. Avanzó por entre los muebles en dirección al «living», alumbrándose para ello con una pequeña linterna eléctrica.

Ya dentro de él, fue hasta las persianas y las bajó. Hecho esto, con el pequeño haz luminoso recorrió toda la estancia. Luego lo posó detenidamente en los muebles y después en las paredes, deteniéndose con suma atención en los cuadros.

Finalmente, y luego de escudriñarlo todo, el hombre quedó unos segundos pensativo. Luego soltó la culata de la automática y sacó un cuchillo. Entonces descolgó el primer cuadro, cortándolo con sumo cuidado. Pero los papeles que buscaba no estaban allí.

De esta manera el hombre, acometido de una súbita prisa, descolgó varios más, repitiendo la misma operación, hasta que los destrozó todos. En vista de su fracaso, fue hasta uno de los sillones. Con el cuchillo cortó el respaldo y el asiento, sin encontrar nada. Luego fue hacia el sofá.

En aquel preciso instante, la bocina del «Nash» tocó en la calle. Un bocinazo que nada representaba para cualquier transeúnte, pero que para él significaba mucho.

Por tanto, sin soltar el cuchillo, el hombre fue a la ventana y miró por ella, aprovechándose de las rendijas de las persianas.

Allá abajo, a unos ciento veinte pies, una figura, venía por la acera opuesta. Figura que al llegar a la altura de la casa cruzó la

calle rectamente hacia allí. Y el hombre tardó escasamente medio minuto en saber de quién se trataba.

¡El gigantesco Milton Rian se retiraba a dormir!

Con el cuchillo en la mano, el desconocido se acercó a la puerta del «living». Ponía la mano en el tirador cuando comprendió que con un simple cuchillo nunca podría abatir al hombre que llegaba. Antes de poder tumbarle, Milton le destrozaría materialmente entre sus nervudos brazos.

Retrocedió entonces, guardando el cuchillo, y se escondió detrás del sofá. Allí esperó un tiempo que a él se le antojó un siglo, y que sin embargo no pasó de siete minutos.

Luego, y con el oído siempre atento, el desconocido oyó cómo giraba la llave en la cerradura y el «clic» del interruptor de la luz. Comprendió que Milton acababa de encenderla y entonces encañonó la puerta del «living».

No se equivocó, ya que Milton, llevando en el bolsillo los resguardos de los telegramas, fue directamente al «living» para sacar alguna bebida del mueble-bar.

Abrió la puerta y su velluda mano buscó a tientas la llave de la luz, mientras los ojos del desconocido se achicaban tanto que parecían dos líneas rectas.

La encendió y parpadeó asombrado. Luego, Milton recorrió con los ojos la estancia, mirando atentamente los destrozados cuadros, y finalmente el sillón. Entonces dio media vuelta para salir, con ánimo de buscar a Forrester dondequiera que estuviese, ya que el cuadro le dijo claramente que, para que aquello hubiera sucedido, él no se encontraba en casa, a no ser muerto.

Lo hizo también porque sabía que el que hizo aquello no había podido llevarse nada, ya que nadie más que él podía saber dónde estaban aquellos papeles.

Pero Milton no llegó a atravesar el umbral de la puerta. Una voz áspera y seca se lo impidió:

—No dé un paso más, Milton. ¡Le estoy apuntando!

Se volvió lentamente para encarar al desconocido. Durante unos segundos, Milton miró a la figura que ahora se mantenía erguida frente a él con una automática en la mano, cuya boca le estaba apuntando al estómago.

Parpadeó asombrado unas cuantas veces y al fin exclamó:

—¿Usted, marrano? ¡Debí figurármelo!

A pesar del arma Milton cargó contra él. Pero el desconocido parecía estar esperando esto mismo, ya que disparó al instante. Milton se estremeció, pero era muy poco una bala para detener en

seco la carrera que acababa de tomar.

Por tanto, el hombre sólo tuvo tiempo de apartarse, para que la mole de músculos y huesos que era Milton no le aplastara, como hizo con el sofá cuando se estrelló contra él.

Jadeando entre las astillas, Milton se revolvió como un tigre, llevando ya la mano a la funda de la axila mientras sus labios se manchaban de sangre. Pero el desconocido no le dio tiempo. Fríamente disparó, apuntando a la cabeza.

Milton emitió un ronco gorgoteo, y luego se quedé inmóvil sobre los restos del sofá, con la cara marcada en un gesto de infinito asombro.

Ahora fue cuando el desconocido pareció volverse loco. Lo primero que hizo fue ir a la puerta del apartamiento y comprobar si Milton la había cerrado.

Lo había hecho. Por tanto, ya más tranquilo, regresó al «living», sabiendo que sus disparos no se habían oído más allá de las paredes de aquella estancia, ya que su automática iba provista de silenciador.

Luego, con una furia vesánica, rompió los cajones de la mesa del despacho y siguió destrozando y buscando por espacio de una media hora más, al cabo de la cual se acercó al cadáver de Milton y le registró.

Después, y con un sello de inconfundible decepción y cólera en su semblante, el desconocido apagó las luces del apartamiento y salió de él.

Junto a la acera encontró a su acompañante. Su rostro era aún más duro cuando dijo:

—¿Por qué has abandonado el «Nash»?

—Vi entrar a Milton, y como tardabas…

—Vamos.

Obedeció en silencio, mientras se guardaba la automática, y minutos más tarde el faro piloto del «Nash» se perdía en la noche.

***

Dolly Dayton, a pesar de que marchó de madrugada del «Chicago Michigan», fue la primera en descubrir el cadáver de Milton, tendido sobre el destrozado sofá y cubierto de sangre.

Salió de su apartamiento situado en la Veintitrés Oeste a las ocho de la mañana. Tomó un taxi que la condujo a Washington Boulevard y frente a la puerta de Dick Forrester se detuvo.

En todo el trayecto, y mientras subía al ascensor hacia el apartamiento, Dolly iba pensando en Verónica Dale, en Doris

Linsay, en Forrester y en otras cuantas personas más.

Pero, sobre todo, en que había visto a este último, la noche pasada, en compañía de Verónica. En que tampoco se le había pasado por alto el aspecto de la muchacha cuando salió del «Michigan» enlazada por la cintura con el brazo de Forrester.

Dolly también abrió la puerta del apartamiento con un llavín que sacó del bolso. Después de cerrarla escuchó con el oído atento. Ni el más leve rumor se oía en el interior. Dolly pensó al punto en que Forrester estaba en muy buena compañía y no había regresado aún.

Decidida a esperarle avanzó hacia la puerta del «living», con ánimo de sentarse en el sofá y tal vez dormir un poco, ya que la noche había sido bastante ajetreada para ella.

Sabía que a Forrester no le gustaría encontrarla allí, ya que le había dicho infinidad de veces que, salvo en caso muy especial, no le visitara en su propio domicilio. Al hacerse este razonamiento, Dolly pensó en si verdaderamente aquél no era un caso excepcional.

Dolly era una belleza en toda la extensión de la palabra. Mirándola se la podía comparar, aunque su pelo era castaño, como el de Marilyn Monroe o Diana Dors.

Sus curvas eran sencillamente despampanantes, y sobre todo las piernas, de las cuales solía hacer bastante gala, ya que iba tanto o más corta que la propia Verónica Dale. Y al igual que ésta, Dolly gustaba de vestir con blusas escotadas y faldas amplias, que no estorbaran con su estrechez los movimientos felinos de su cuerpo.

Dolly tenía los ojos pardos, grandes y avellanados, de largas y rizadas pestañas. La boca grande, de labios rojos y gordezuelos, y las mejillas con pelusa de melocotón maduro.

Abrió la puerta del «living» y al instante ahogó un grito, llevándose la mano a la boca ante el espectáculo que veían sus ojos, ahora aún más grandes por el estupor y el miedo.

Luego se recostó contra el marco de la puerta, respirando ávidamente.

Un largo rato después empezó a rehacerse, y entonces avanzó hasta llegar junto al cadáver de Milton. Pálida como si también estuviese muerta, le miró unos minutos y luego lo hizo alrededor. Instantáneamente, y algo más serena ya, se preguntó si los que hicieron aquel destrozo encontraron lo que buscaban.

Luego retrocedió de espaldas, no sin antes lanzar una mirada a Milton, en la cual expresaba muchas cosas. Cerró la puerta del «living» y fue al teléfono. Pero ya con el auricular en la mano, se dijo que era mejor no hacerlo. Entonces volvió al «living» y de éste

pasó al dormitorio de Forrester.

Un cuarto de hora más tarde, Doris volvía a la calle por la escalera para caso de incendios.

Ya sobre la acera, caminó un buen trecho antes de encontrar un taxi que la llevara a una central telefónica. Una vez en ella, Dolly pidió un montón de fichas y empezó a telefonear. Pero no encontró a la persona que buscaba, hasta las doce del día.

CAPÍTULO X

—¿A dónde me llevas ahora?

Estaban los dos en el garaje, y frente al «Ford» ya completamente reparado. Forrester se volvió para mirarla y Verónica sonrió tenuemente.

—A la Veintitrés Oeste, gatita.

—¿Allí? ¿Y para qué?

Él no contesto. Se limitó a tomarla de un brazo y empujarla al interior del automóvil.

Cuando éste llevaba ya un rato rodando, Verónica formuló la pregunta que le estaba quemando los labios desde hacía horas. Desde aquellos inolvidables momentos vividos a orillas del lago Michigan.

—¿Qué dirá Doris cuando se entere, Dick?

Siempre atento al tráfico, Forrester contestó:

—Tú dijiste que se fuera al diablo, Verónica.

La respuesta de ella tardó un escaso segundo:

—Porque te lo oí decir a ti, querido. Pero ahora no dejo de pensar en ella. ¿Qué tiene que ver contigo, Dick? Es que…

Forrester la atajó con una sencilla palabra:

—Sí.

—¿Entonces…? Ahora yo…

Verónica no se atrevió a seguir y Forrester tampoco contestó. Y ya no hablaron más hasta que detuvo el «Ford» ante una casa de la calle Veintitrés Oeste. Entonces la encaró diciendo:

—Toma esta tarjeta y preséntate en esas señas, Verónica. Estás sin trabajo y a mí me falta una secretaria. Hay un buen sueldo a ganar.

Verónica abrió desmesuradamente los ojos preguntándose cómo podía tener tanto cinismo después de lo ocurrido. Contestó con un hilo de voz:

—¿Una secretaria, Dick?

Forrester le dio una palmadita en la mejilla y luego la besó, sin que ella protestara a pesar de lo que estaba pensando.

—Voy a casarme contigo, Verónica —dijo.

Ella le miró ahora con sus grandes ojos llenos de estupor, y luego, sin darse cuenta de que aun estando dentro del «Ford» se

encontraban en medio de la calle, se echó, materialmente en sus brazos.

Forrester, cuando sintió cómo le besaba, pensó que en todas aquellas horas, Verónica no le había besado de aquel modo, y para no ser menos correspondió a la caricia.

Recobrando el resuello le miró de nuevo, con los rojos labios entreabiertos, como en una muda invitación, y luego murmuró entrecortadamente:

—¿De veras, Dick? Yo…, yo no sé qué decir. No sé tampoco qué es lo que pensarás de mí.

—Que eres deliciosa, Verónica.

No mentía al afirmarlo. Verónica lo comprendió así, y fue a sonreír, pero repentinamente palideció.

—Aún queda Doris —dijo tenuemente.

Forrester no replicó al pronto. Luego sonrió, diciendo:

—Anda, baja y toma un taxi. Ve adonde te he dicho y no te preocupes por lo demás. Esta noche te espero en mi apartamiento. Te invito de nuevo a cenar donde tú quieras. Escoge un buen lugar. Al parecer entiendes mucho de eso.

Verónica bajó del «Ford» y desde la acera le hizo un guiño picaresco, cuando ya Forrester la imitaba. Luego, frente a frente, se miraron un largo minuto, al cabo del cual Forrester dio media vuelta diciendo:

—Hasta la noche, ricura.

Y ella le vio desaparecer por la puerta de la casa.

Que aquello era la Redacción de un periódico importante era un hecho indudable, debido a la gran cantidad de personal de oficina, de mujeres jóvenes y hermosas, y de que todos estaban sin corbata y en mangas de camisa, sudando por todos los poros del cuerpo, ya que el calor de aquel día era sofocante.

Forrester pasó por una serie de innumerables pasillos saludando a todos entre risas, y después, fue rectamente hacia una de las puertas, en cuyo cristal campeaba un letrero: «Director Jefe».

Forrester la empujó y pasó dentro. Tecleando en una máquina de escribir había una muchacha, de estatura regular, pero con unas formas que eran una maravilla de simetría.

Lo primero que hizo Forrester al ver sus piernas cabalgando la una sobre la otra, fue silbar. Silvia Madigan levantó la vista y dejó de teclear.

—Hola, Dick —saludó.

Forrester, por toda respuesta, fue hacia ella y la tomó de la barbilla.

—¿Qué haces por las noches, Silvia? —preguntó.

—Me voy a casa.

—¿Sola?

—Claro.

—Pues si necesitas compañía, acuérdate de mí. Como, por ejemplo: ¿por qué no vamos a cenar juntos esta noche?

Ella sonrió ahora con picardía.

—Contigo iría yo a cualquier parte, Dick —replicó.

—¿A cualquier parte? Apuesto a que no, Silvia.

—Eres un sinvergüenza, Dick. Pero, aun así, perderías la apuesta. ¡Iría contigo al propio infierno!

Forrester la besó fuertemente, y luego, pensando en por qué las mujeres siempre estaban dispuestas a ir con él a cualquier parte, cosa que no entendía, sin pedir permiso empujó la puerta del despacho privado.

Entró limpiándose los labios con el pañuelo.

El saludo de Lester Mac Namara fue el siguiente:

—Será mejor decirle a Silvia que use una pintura que no deje, Forrester —se echó a reír de sus propias palabras y luego se levantó, yendo con la mano extendida al encuentro del joven—: Celebro tu vuelta, Dick.

Forrester pensó que al menos él era sincero en todo.

—Gracias —replicó, estrechándosela.

Sin esperar invitación se sentó. Mac Namara hizo lo propio y luego sacó un par de cigarros puros. Ofreció uno a Forrester y esperó a que lo hubiera encendido. Luego preguntó:

—¿Y bien, Dick? Me dijeron que ayer estuviste aquí en busca mía. También que tenías razón, que no habías fracasado.

Forrester sonrió.

—Es así —dijo—. No fracasé. Hacía mucho tiempo que sospechaba algo de esto, y ya ve cómo no me equivoqué.

—¿Supongo que tendrás pruebas más que suficientes?

—Las tengo. En forma de fechas, nombres, lugares y… Se asombrará usted cuando lea ese cuaderno mecanografiado, Mac Namara.

—¿Lo llevas encima?

—No.

Al negarlo, Forrester pensó en Verónica y en otras muchas personas más.

—¿Dónde está, pues?

—Milton lo tiene guardado.

—Eso es dinamita pura, Dick. Si alguien se huele que posees

esos documentos, intentarán eliminarte.

—Lo han intentado ya —replicó Forrester, con absoluta tranquilidad, mientras se ponía en pie para quitarse la chaqueta y mostrarle a través de la entreabierta camisa el vendaje del hombro.

Luego, y de manera escueta, le explicó todo lo ocurrido a raíz de su regreso a Chicago.

El rostro de Mac Namara se nubló y siguió nublado aún cuando acabó de hablar.

—¿Entonces…?

—El peligro es inminente, Mac Namara. Por tanto…

—Habrá que avisar a la policía, Dick. Ahora que lo pienso bien, tú eres ese desconocido a quien andan buscando todos los policías de Chicago. Por tanto, voy a llamar en seguida.

Forrester denegó con la cabeza, y Mac Namara le miró ceñudo, añadiendo:

—¿Se puede saber por qué?

—Porque soy periodista antes que nada. Quiero que sea el «Star Courier Chicago» el diario que primero publique esa historia, con lo que sigue después. Luego habrá tiempo de informar a la policía.

—¡Eso es una locura, Dick! Por otra parte, no olvides que este periódico lo fundamos tu padre y yo, que tú tienes tu parte en él, y por si esto fuera poco, yo no quiero que a uno de mis mejores redactores criminalistas me lo claven cualquier día en medio de la calle con una docena de balazos.

Forrester permaneció pensativo unos segundos, y luego volvió a denegar con la cabeza. Después clavó los ojos en los de Mac Namara y replicó:

—Sé que es una locura, pero yo soy así. Por lo demás, según mis cálculos, esto tendrá su final hoy mismo. Dentro de unas horas todo lo más.

Se expresó con firmeza, y al mirarle a los ojos atentamente, Mac Namara comprendió que estaba diciendo la verdad. Entonces, una sospecha entró como una bala en su cerebro, lo suficientemente inteligente como para dirigir uno de los mejores diarios de Chicago. Preguntó al respecto:

—Entonces, tú sabes quién es la cabeza en Chicago, ¿no, Dick?

Forrester dejó vagar una extraña sonrisa por sus labios y replicó:

—Lo sospecho simplemente, pero necesito de su ayuda para descubrirlo.

Mac Namara arqueó una de sus espesas cejas blancas, y sus ojos grises brillaron como los de un gato cuando replicó:

—¿Yo…? ¿Y qué diablos quieres que haga yo en este maldito

asunto?

Forrester contestó, con entera calma:

—Algo bien sencillo, ya que yo no puedo hacerlo, puesto que no quiero que nadie por el momento sepa que yo he regresado a Chicago. Y con esto no me refiero al personal de la casa y a «ellos», sino a la policía oficial. Por tanto, Milton fue anoche a poner un par de telegramas, cuya respuesta espero a Lista de Telégrafos. Y eso quiero que haga usted con los que voy a dictarle. Pero tendrá que hacerlo personalmente. No me fio de un tercero. ¿Entendidos?

Mac Namara asintió con la cabeza tomando ya de encima de la mesa unos cuantos impresos y la pluma estilográfica.

—Tú dirás —dijo sencillamente.

Forrester los dictó en el acto. Cuando terminó de hacerlo, el rostro del director del «Star Courier Chicago» era una máscara de estupor que movía a risa. Sin embargo, a pesar de verlo, la cara de Forrester permaneció inmóvil como una roca de granito.

—¡Tú estás loco, Dick! —fueron las primeras palabras que logró pronunciar Mac Namara—. ¡Esto no es posible! ¿Qué esperas conseguir?

Forrester rió ahora, pero fue la suya una risa sin alegría.

—Se desmayaría si se lo dijera, Mac Namara —replicó—. Lo hará, ¿sí o no?

Mac Namara no lo pensó ni un solo segundo.

—¡Pues claro que sí! —replicó—. Lo haré, aunque no alcanzo a comprender lo que esperas conseguir con esto. ¿Por quién me tomas?

—De acuerdo —adujo el joven, después de consultar su reloj—. Son ahora las once en punto. Dentro de un par de horas le telefonearé desde cualquier parte. Espero que para entonces ya sepa el resultado de esos telegramas.

—Y si para ese tiempo no he tenido noticias tuyas, yo me pondré en contacto con la policía, Dick.

Forrester no replicó. Con impaciencia volvió a mirar el reloj, comprobando que aún no habían pasado dos minutos desde que le miró la vez anterior.

—Me voy a la central de Telégrafos —dijo repentinamente—. Creo que ya es hora de saber el resultado del trabajo de Milton.

Se alejaba ya, cuando Mac Namara preguntó, a boca de jarro:

—¿Qué hay de esa chica, de Verónica Dale? ¿Y de Doris…?

—Se me ocurre algo con respecto a la Dale. Procure emplearla aquí. Es una buena taquimecanógrafa.

Sin esperar la respuesta de Mac Namara, Forrester se encaminó a

la puerta, dejando al director pensando qué le había visto a Verónica Dale que no tuviera Doris, para hacerle aquella petición. Cierto que Doris… Pero aquello no venía a cuento ahora.

Pensando en aquello, y con Forrester casi en la puerta, el timbre del teléfono interior del despacho repiqueteó de manera insistente. Sin saber por qué, Forrester se detuvo en el umbral, pero encarando el interior del despacho, cuando ya Mac Namara tomaba el auricular.

—Sí… ¿Diga…? —preguntó.

Forrester vio cómo su rostro cambiaba varias veces de expresión, y como después se volvía hacia él diciendo:

—Sí, señorita. Forrester está aquí —y añadió, de manera innecesaria—: Es para ti, Dick.

Por señas, Forrester preguntó quién era, y dejando el auricular encima de la mesa, Mac Namara respondió en un susurro:

—Es una mujer, Dick.

Al instante, el nombre de dos de ellas se perfiló en su mente: Doris o Verónica Dale. Sonriendo, lo tomó.

—Forrester al habla. ¿Quién es ahí?

—Soy Dolly Dayton, Dick.

Sin que su semblante expresara lo que sentía en aquel momento, Forrester replicó con lo primero que le vino a la boca:

—Hola, bombón. ¿Cómo estás?

—¡Déjate de bromas, Dick! Ha ocurrido algo horrible.

Ella continuó hablando por espacio de unos minutos. Mac Namara estaba mirando a Forrester y vio cómo de pronto su rostro expresaba una furia demoníaca.

—No te mezcles en esto, Dolly —dijo después con voz ronca. Y añadió—: No hagas nada, que voy para allá.

Colgó bruscamente, dando un par de rápidas zancadas hacia la puerta. Junto al marco de ésta, la voz de Mac Namara le detuvo un segundo:

—¿Qué ocurre, Dick?

Forrester contestó, por encima del hombro:

—Alguien ha asesinado a Milton en mi apartamiento, y después lo ha destrozado todo. Antes de que intervenga la policía quiero ir yo. Ese cuaderno mecanografiado está allí, y tengo que encontrarlo antes de que llegues, si es que ellos no se lo han llevado ahora. Luego…, ¡que el diablo les proteja si les cojo, Mac Namara!

Salió como un huracán, y la morena y hermosa Silvia le miró decepcionada cuando Forrester pasó por delante de ella como una bala, y sin mirarla siquiera.

CAPÍTULO XI

Forrester atravesó aprisa todas las dependencias y salió a la calle. Rectamente se encaminó al «Ford». Ponía la mano en la portezuela cuando una voz sonó a su espalda. Se volvió con cara de pocos amigos.

—¿Me da fuego, por favor?

Forrester tal vez hubiera contestado algo improcedente, pero la sorpresa le dejó mudo. Ante él tenía a Pat O'Hara, otro de los hombres de Pietro Montelli.

Este parecía decir la verdad, puesto que en la mano izquierda tenía un largo cigarrillo apagado, pero en la otra, en la derecha, que mantenía metida, en el bolsillo del pantalón, Forrester adivinó un revólver de corto cañón que le estaba apuntando al vientre.

—Será mejor que no haga el tonto, Forrester —dijo—. Por lo tanto, ahí hay un «Nash» en el que le podemos llevar más aprisa que en su «Ford», adonde quiera que vaya.

Forrester lanzó una mirada circular, advirtiendo que la multitud de peatones que circulaban cruzándose con él, no se daban cuenta de nada. La voz del pandillero le sacó de su momentánea distracción:

—Vamos, Forrester. Tengo órdenes de no hacerle daño si se comporta de manera sensata. Si no, pongo por caso que no tendré más remedio que meterle un balazo en el estómago.

Forrester miró el negro «Nash» aparcado detrás de su coche y le pareció oír el motor runruneando al relentí. Sabiendo que no tenía escapatoria, que si hacía algo el «gangster» le acribillaría, escapando con el coche antes de que apareciera algún policía, Forrester dio una lenta media vuelta y se acercó al automóvil, con la certeza ahora de que ellos no habían encontrado el cuaderno mecanografiado.

Antes de llegar, Forrester vio que había algunos tipos más dentro, y que uno de ellos abría la portezuela. Pasó dentro y O'Hara lo hizo inmediatamente detrás. Después, Forrester no tuvo siquiera tiempo de perfilar el rostro de la mujer que iba en medio de otros dos pandilleros.

De manera súbita, algo se abatió sobre su cabeza, y cayó como un saco al fondo del coche. Lo último que oyó fue un gemido de

mujer, o al menos esto es lo que le pareció. Luego se sumió completamente en la nada, mientras el «Nash» empezaba a avanzar a marcha moderada, ya que sus ocupantes no querían que cualquier policía de tráfico les detuviera por exceso de velocidad.

***

—¡Maldita rata fisgona!

Esto fue lo que oyó Forrester apenas recobró el conocimiento, mientras qué la cabeza le daba una dolorosa punzada. Se removió en el suelo, y al punto recibió un patadón en los riñones.

No gimió, pero la patada fue harto dolorosa. Lo que sí hizo fue mirar hacia arriba desde el fondo del coche, donde aún se encontraba. Parpadeó asombrado cuando, por encima de su cabeza, vio las hermosas piernas de Doris Linsay, y la primera pregunta que se hizo fue qué hacía ella allí, dentro del «Nash».

No le veía la cara, pero con aquel par de piernas bastaba para reconocerla.

Haciéndose todos estos pensamientos, Forrester miró en torno. Fue entonces cuando vio la cara brutal de Josias Hall, donde los ojillos relucían como carbones encendidos, clavados en él, así como el negro ojo de la automática que llevaba en la mano, manteniéndola inclinada y apuntándole.

—¡Muévete un poco, y te abro un agujero en la tripa, fisgón!

Forrester se inmovilizó y luego ladeó la cabeza. Las piernas de Doris se mostraron de nuevo ante sus ojos, y prefirió seguir mirando la automática del pandillero, aunque era mucho más fea.

Después miró hacia las cerradas cortinillas. Entonces supo o creyó saber que Pietro Montelli también estaba dentro del «Nash», que ahora marchaba a gran velocidad, por lo que Forrester dedujo que habían salido de la ciudad.

No veía a Montelli. Por tanto, sospechó que estaba en el asiento delantero, tal vez conduciendo él mismo.

Forrester miró de nuevo lo que veía de la excitante y felina Doris, y luego encaró a O'Hara.

—¿A dónde vamos? —preguntó, desde el fondo del coche.

Desde el otro lado del asiento, O'Hara sonrió. Pero el encargado de dar la respuesta fue Hall.

—A dar un paseo. ¿Te importa mucho el lugar?

Forrester enseñó los dientes en una torcida sonrisa.

—¿Pensáis liquidarnos a los dos, gorila?

Por toda respuesta. Hall le clavó la punta del zapato en la espalda, y Forrester perdió por el momento hasta las ganas de mirar

las piernas de Doris, que se mantenía completamente callada y quieta.

—¡Te he dicho que cierres el pico, Forrester! Cuando lleguemos ya lo sabrás.

Hubo la pausa consiguiente después del punterazo, y Forrester preguntó más tarde:

—¿Y de la chica?

Hall lanzó una maldición y le dio otro puntapié. Forrester rezongó mentalmente. Pero Hall, después de la acción, se dignó contestar:

—Tu chica es lo mejor de la caza, periodista fisgón. Creo que tendrá que cantar y bastante. Luego, puede que sufra un accidente o que se vaya a casa. ¿Dónde están esos papeles?

Forrester dio la callada por respuesta, y recibió otro patadón que le cortó el resuello durante unos minutos. Maldijo con voz ronca y en voz alta. Después replicó fríamente:

—Sólo que no los tendrás nunca, gorila. Ni desollándome vivo.

Hall levantó el arma y golpeó con ella a Forrester. Al punto brotó la sangre de la mejilla y él cerró los ojos, víctima del intenso dolor que sentía.

—Calla, cerdo.

Forrester calló, pero abrió los ojos cuando oyó aquella risita. Miró, viendo los dientes picados y manchados por la nicotina del tabaco de O'Hara, el cual sostenía ahora en la mano una metralleta cuya culata apoyaba en el fondo del automóvil.

Siguió riendo. Y entonces, por primera vez, Forrester sintió el deseo de exasperarle. De lograr que allí mismo le pegaran un tiro, ya que si le interrogaban sobre lo que contenían aquellos papeles, o dónde estaban, las iba a pasar moradas. Sería peor que recibir un balazo.

Al pensar en ellos, y antes de hablar, Forrester se removió en el fondo del automóvil. Unos segundos después recibió la patada. Pero ahora, y gracias a su movimiento, Hall no le dio en los riñones.

Él no le miró siquiera, sus ojos se mantenían fijos en el rostro de O'Hara.

—¿De qué te ríes, cerdo? —preguntó.

Hall replicó al punto con otra bestial patada que no le alcanzó la cabeza por milagro. Fue a dar otra, y en este momento intervino Doris lanzando un agudo grito que se cortó al iniciarse cuando Hall le tapó la boca con una de sus manazas de oso.

—Estáte quieta y cierra el pico si no quieres que lo haga yo de un porrazo, nena —dijo.

Los ojos de Doris reflejaron miedo, y el pandillero la dejó en libertad.

—¿A dónde nos llevan?

—Lo verá dentro de poco, miss Linsay. Hay una persona interesada en saber si usted conoce todo lo que se relaciona con su amigo —luego se encaró con el conductor diciendo—: Perdona, Montelli, pero se está haciendo tarde. ¿No podrías acelerar un poco más este cacharro? Llegaremos casi de noche según lo previsto, pero será mejor que no sea muy tarde.

Pietro Montelli no contestó, pero el «Nash» aumentó un tanto su velocidad.

Doris bajó ahora por primera vez los ojos hacia el fondo del automóvil y lanzó a Forrester una mirada de tristeza. Él correspondió mirándola a su vez. Luego encaró a Josias Hall.

—¿Tardaremos mucho? —preguntó.

—No te impacientes, fisgón, que para todo habrá tiempo. Hasta para arrepentirte de meterte donde no te llaman, y aún mucho más para desear llegar cuanto antes.

O'Hara soltó otra risita y Forrester le miró diciendo:

—Oye, Hall; ¿es que el gorila de tu compañero no sabe nada más que gruñir?

Él que gruñó fue Forrester cuando el pandillero le dio otra nueva patada, que por suerte no le alcanzó el hombro herido. Y entonces, desde la parte delantera les llegó la voz de Montelli:

—Dejad las manos quietas y que grazne lo que quiera. Para el tiempo que le queda…

No dijo más ni Forrester tampoco. Se limitó a mirar las piernas de Doris y entrecerró los ojos. Luego se dio cuenta de que por las ventanillas del «Nash» empezaban a entrar las primeras sombras de la noche. Entonces comprendió que le faltaba muy poco para llegar a su destino.

Buscó la cara de Doris, y sus ojos se encontraron. Pero ella no sonrió ahora.

Cosa de un cuarto de hora después, Forrester advirtió que las cubiertas del «Nash» saltaban por un infernal camino lleno de baches, y que estaba aminorando notablemente la velocidad.

Cuando estaba pensando que ya faltaba menos, el automóvil se detuvo.

El primero en bajar fue O'Hara, que inmediatamente encaró la metralleta hacia el interior del vehículo.

—Vamos, fisgón. Fuera o te acribillo a balazos.

Forrester se rebulló un tanto mientras Hall le quitaba los pies de

encima sin dejar de encañonarle con la automática. Se puso en pie, vaciló unos segundos y al instante dio contra uno de los costados del automóvil, precisamente contra la ventanilla contraria.

Hall le metió al punto la automática en las narices.

—Baja de una vez, rata. ¿O quieres que te ayude yo a trompazo limpio?

—Deja la pistola, Hall. Luego podremos hablar…

—¡Vamos de una vez, pesquisa!

Levantó de nuevo el cañón del arma con ánimo de golpearle, pero Doris se metió por medio, y Hall pagó con ella sacándola brutalmente por los cabellos. Forrester saltó contra él, pero O'Hara intervino rápidamente metiéndole el cañón de la metralleta en la boca del estómago.

—Sin tonterías, Forrester —advirtió—. Dile a tu chica que se esté quieta y no pasará nada por el momento.

Forrester acabó de descender y Doris se situó a su lado. Luego trazó una mirada circular y se estremeció.

Porque el lugar era completamente desértico, lleno de maleza y de grandes piedras, árboles copudos… Y entonces vio aquella cantera. Doris frunció el ceño y exclamó:

—Estamos a treinta millas de Chicago, en la carretera de Elgin.

—Sí. Bastante cerca de Chicago según como se mire, miss Linsay —replicó O'Hara—. Pero éste queda muy lejos de usted y de su amigo… Al menos si no nos dicen lo que queremos saber.

Y la empujó brutalmente hacia la cantera abandonada.

Doris empezó a andar de lado, mientras Forrester miraba en dirección al «Nash» preguntándose si Pietro Montelli iba a tomar parte aquella noche en los festejos que seguramente habían organizado en su honor.

Sus pensamientos los cortó Doris replicando:

—Yo no sé nada. Dick nunca habla de sus cosas conmigo.

O'Hara rió, siendo coreado por Hall. Replicó a aquello:

—Eso no es cuenta mía, paloma. Entiéndetelas con el jefe.

Doris fue a replicar, cuando vio por entre las rocas y los árboles la casa. Más bien una cabaña. Forrester la había visto también y comprendió que les llevaban allí.

Siempre llevando a su espalda a los dos gorilas, ambos, el uno al lado del otro, se acercaron a la puerta. Forrester fue a empujarla pero la voz de O'Hara le contuvo:

—Yo primero, fisgón —dijo.

Se acercó a aquélla sin dejar de cubrirles con la metralleta. Luego, y de una violenta patada, la abrió. Forrester miró atrás y se encontró con la mirada fría y sin matices de Josias Hall, que seguía

con la automática en la mano y sin dejar de apuntarle ni un solo segundo.

—Yo que tú no haría eso que estás pensando, Forrester —dijo fríamente.

Y él se dijo que era una verdadera lástima que Hall fuera un chico tan listo. Entonces volvió la cara al frente, pensando ahora en lo que estaría haciendo Pietro Montelli.

Dentro brillaba una luz, y Forrester comprendió que se trataba de una lámpara de petróleo, pensamiento que se vio interrumpido por la súbita salida de O'Hara.

—Vamos dentro —dijo trazando con el cañón de la metralleta un cuarto de círculo que les abarcó a los dos por completo.

Luego se hizo a un lado sin dejar de encañonarles y les dejó pasar.

La primera impresión que le produjo la vista del interior de la casa, semi en ruinas, fue de algo tétrico. Estaba, sucia, llena de polvo y telarañas, y debía ser bastante grande ya que la luz de la lámpara, situada sobre una desvencijada mesa apenas si la alumbraba del todo.

La recorrió con la vista, viendo cajones carcomidos, llenos de herrumbre, amontonados en los rincones, algunas herramientas de trabajo en el mismo estado, y Forrester pensó, que de recibir un tiro allí mismo, la policía se iba a ver negra para encontrar su cadáver, eso contando con que lo lograra.

Por su parte, Doris miraba también, pero sus ojos no delataron a Forrester si sentía miedo o no.

—Sentarse ahí.

Forrester dejó de mirar el semblante de Doris y encaró a Hall, que era quien había hablado. El pandillero tenía un brazo extendido señalando uno de los cajones situado casi en el mismo centro de la estancia.

Se sentó sin molestarse en limpiarlo, mirando al mismo tiempo las cuatro sillas que había en torno, y de las cuales, a la que no le faltaba una pata carecía de asiento.

Doris permaneció en pie, pero ante un gesto perentorio de O'Hara se sentó también.

El silencio, lúgubre y pesado, se hizo bien patente entre los cuatro. Y de todos, el que más tenía que temer fue el que menos nerviosismo experimentó durante el siguiente cuarto de hora.

Pero transcurrido este tiempo, miró a O'Hara y preguntó:

—¿Se puede saber a qué esperamos para empezar la función?

Su tono tranquilo en demasía hizo que el pandillero le mirara

con una mezcla de admiración y sorpresa.

Replicó entonces:

—Que venga Pietro. Es él quien lleva esto, Forrester.

Calló durante unos minutos más, con la mirada fija en la automática que empuñaba Hall. Calculando todas sus posibilidades, sabiendo que si tenía que hacer algo era en aquel preciso momento, ya que cuando entrara el «gangster» las posibilidades serían completamente nulas. Sabiendo también que tenía que hacerlo, ya que si empezaban a interrogarle, y le hacían decir todo cuanto sabía, la recompensa sería un balazo en la nuca.

Hall se dio cuenta y le miró a su vez. Luego de soslayo lanzó una mirada a su mano armada y después sonrió de manera irónica. Pero no dijo nada.

Por su parte, Forrester estuvo a punto de morderse los labios, al pensar que se había delatado, y que a partir de aquel momento, el pandillero no le perdería de vista ni un solo segundo.

Por si fuera poco, junto a la puerta estaba O'Hara sosteniendo la metralleta en la mano.

CAPÍTULO XII

Lo pensó en contados segundos y se sintió decepcionado por completo. Más que decepcionado acorralado como una rata dentro de un agujero guardado por un gato. Sin escapatoria posible. Y pensó entonces en Verónica Dale, y en Dolly Dayton.

Doris se mantenía tan callada como cuando estaba en el interior del «Nash», pero no le quitaba ojo de encima, preguntándose al tiempo en qué estaría pensando él. No parecía tener miedo alguno, ni a la llegada de Pietro Montelli, que cualquiera sabía lo que estaría haciendo en aquel momento, ni al resultado de aquel paseo nocturno en compañía de una pandilla de «gangsters».

Cuando menos lo esperaba, llegó la oportunidad para Forrester. Y fue precisamente con la llegada de Pietro Montelli.

El italiano avanzaba hacia la casa, moviéndose sobre la arena con la misma suavidad, de un felino. Las suelas de sus zapatos no produjeron el menor sonido cuando el terreno dejó de tener grava para tornarse más duro a medida que iba avanzando.

De esta manera llegó hasta la puerta y la empujó.

El silencio era aún más denso y pesado en el interior, que lo fue a los pocos minutos de que Forrester entrara en ella. En esto estaba pensando, a falta de otra cosa mejor, cuando Montelli entró en ella.

Sucedió lo imprevisto, ya que la puerta jugó un importante papel cuando sus enmohecidos goznes chirriaron. O'Hara se sobresaltó y durante unos segundos volvió el rostro, con lo que el cañón de la metralleta bajó un poco dejando de apuntar a Forrester.

Por tanto, Hall hizo lo propio bajando el cañón de la automática. Forrester saltó como una pantera y llegó junto a Hall, cuando ya el pandillero se volvía de nuevo a él con ánimo de seguir encañonándole.

Pero no llegó a tiempo. Forrester cerró su mano izquierda en la derecha de aquel. Luego dio una rápida media vuelta cruzando el brazo del pandillero por encima de su hombro, en una magnífica llave de judo.

Como en sueños, oyó la voz de O'Hara gritando:

—¡Cuidado, Hall!

Esto lo oyó Forrester, pero cuando O'Hara gritó la advertencia, lo hizo justo en el momento en que, después de erguirse en toda su

estatura, se agachó violentamente, y soltando la pistola, que cayó al suelo, Hall trazó en el aire, por encima de la cabeza de Forrester una perfecta vuelta de campana. Dio contra el cuerpo de O'Hara, que no pudo evitar que la metralleta se le fuera de las manos, para después, él mismo verse estampado contra la pared.

Forrester, sabiendo lo que se le vendría encima si se descuidaba, no perdió tiempo tampoco. Rápidamente se lanzó al suelo y cerró la mano en tomo a la culata de la automática de Hall, que jadeaba entrecortadamente, perdido por completo, el sentido de la orientación.

Tanto es así, que, de preguntarle, no hubiera sabida decir con certeza, ni dónde estaba Forrester ni dónde la puerta de la calle.

Pero no así O'Hara que pugnaba por quitárselo de encima con ánimo de tomar de nuevo la metralleta entre sus manos. Lo conseguía ya, cuando el primer balazo de Forrester le entró por un ojo dejándole en el suelo fláccido y sin vida. Lo mismo que un muñeco desarticulado.

Forrester se movió ahora con ánimo de seguir apretando el gatillo, pero contra Hall, pensando en los patadones que había recibido de él, cuando Montelli disparó desde la puerta.

A este movimiento impensado debió la vida, ya que la bala le arañó la mejilla, precisamente donde Hall le hiriera con el cañón de la automática.

Forrester disparó rápidamente, y la bala astilló el marco de madera de la puerta mientras Montelli desaparecía del umbral.

Entonces Forrester se puso en pie volviéndose hacia Hall, que ahora tenía las manos sobre la metralleta, girándola ya hacia él. No le dio tiempo para hacerlo. Giró la automática y disparó sin apuntar.

Hall se llevó las manos al pecho y se irguió sobre sus rodillas. Luego los labios se le mancharon de sangre, y, finalmente, se arrugó en el suelo quedando completamente inmóvil.

Forrester, sin reparar en Doris, corrió ahora hacia la puerta y la atravesó de un salto. Un disparo, viniendo de los árboles, le pasó rozando, y entonces pensó en el «Nash» y en las treinta millas que había de allí a Chicago.

Disparó contra el fogonazo, y supo que había fallado cuando oyó los rápidos pasos de Montelli. Forrester adivinó que se dirigía al automóvil y entonces, a pesar del peligro que aquello entrañaba para él, corrió en pos del fugitivo.

Dio vista al «Nash» cuando éste arrancaba ocho o diez yardas por delante de él. Sin pensarlo dejó descansar el arma en la mano, y

justamente cuando el automóvil giraba hacia el camino, ganando velocidad por momentos, disparó cuatro veces seguidas.

Una de las ruedas delanteras estalló, y el «Nash» dio un enorme bandazo. Luego se detuvo y Forrester se escondió detrás del grueso tronco de un árbol, lo que hizo a tiempo, ya que la bala que disparó Montelli le rozó el cuero cabelludo.

Forrester no replicó al fuego y esperó con el pensamiento puesto en Doris, diciéndose que ella debería venir con la metralleta de O'Hara. Con ésta entre las manos le costaría muy poco sacar de allí a Montelli.

Pero Doris no vino, y él tampoco tuvo que esperar mucho tiempo, ya que repentinamente una de las portezuelas del automóvil se abrió. Forrester no cayó en la trampa y no disparó. Dentro del «Nash», Montelli soltó unas cuantas palabrotas en italiano y al fin se dispuso a salir.

Lo hizo lanzándose de cabeza al suelo, en espera del disparo de Forrester. Pero se equivocó, ya que éste tampoco hizo fuego. Simplemente se limitó a saltar a otro árbol más cercano, detrás de cuyo tronco se escondió.

—Será mejor que tires el arma , Montelli —dijo.

Por toda respuesta el pandillero soltó una corta carcajada y disparó desde el suelo. Casi en el acto, Forrester oyó el impacto del proyectil en el tronco, y ya no esperó a más.

De manera repentina, que cogió completamente de sorpresa a Montelli, saltó fuera del tronco encarando la figura caída del italiano. Este, al verle, vaciló unos segundos y luego levantó el arma. Fue todo lo que pudo hacer. Forrester apretó el gatillo y Montelli enterró la cara en tierra.

Sin abandonar la automática, avanzó extremando las precauciones. Pero no hacía falta. Pietro Montelli, buscado por la policía de varios países, incluso ahora por la de Chicago, había dejado de hacer daño, ya que la bala le partió el corazón.

Esto lo comprobó nada más llegar a su lado, y luego le miró largamente.

Sí. Allí estaba Pietro Montelli. Un ser que lo había sido todo, que lo había hecho todo, y que ahora no era nada más que un guiñapo sanguinolento, vestido elegantemente y con algunas hebras de plata en las sienes.

Forrester se agachó y recogió su pistola. Luego le registró hasta encontrar la «Magnum». Examinó la carga y, acto seguido, la guardó en la funda de la axila. Después avanzó lentamente hacia la cabaña, pensando en que Doris tendría que ayudarle a montar la

rueda contando con que el «Nash» tuviera alguna de repuesto, cosa que no dudaba.

Repentinamente se sintió cansado, y se preguntó cuántas horas llevaba de ajetreo desde que regresara del extranjero. Al hacerlo miró el reloj, y entonces sus pensamientos fueron hacia la lista de Telégrafos.

Con los ojos clavados en las saetas, que señalaban las nueve y cuarto, dio un violento respingo, al darse cuenta de lo que no quería, había ocurrido ya. Lo hizo cuando pensó en el «Star Courier Chicago», y en que habían pasado mucho más de dos horas sin que hubiera telefoneado a Mac Namara. Por tanto, éste, como prometiera, habría avisado a la policía.

Justo en el momento en que pensaba que aquello podía poner en guardia al hombre del que sospechaba y estaba a punto de desenmascarar, una bala aulló sordamente sobre su cabeza.

Forrester se agachó instintivamente y luego saltó de costado hacia una de las grandes rocas de la cantera, mientras otro proyectil hacía aire sobre su oreja izquierda.

Lanzó una maldición en tanto su pensamiento volaba a Doris. No había oído los disparos, con lo que presumió que ella estaba disparando con alguna de las pistolas de los pandilleros. Posiblemente con la de O'Hara.

Pegado contra la rugosa roca, Forrester avanzó en dirección a la casa. Cerca de ella gritó:

—¡No dispares, Doris! ¡Soy Dick!

Hubo unos instantes de silencio, y después, muy lejana, le llegó la voz de ella:

—¡Oh, Dick! Yo…

Forrester pensó en salir pero vaciló unos segundos. Luego oyó los rápidos pasos de ella y entonces abandonó el amparo de la roca, saliendo al encuentro de la mujer, en cuya mano brillaba una automática de feo aspecto.

En unos instantes la tuvo en sus brazos besándola, notando que temblaba, lo mismo que una gatita asustada.

Luego, y después de jadear un poco, con el seno violentamente agitado a causa de los besos y la carrera, Doris le miró a los ojos.

—Perdóname, Dick —dijo—. No debí precipitarme. Por poco no mato yo misma a lo que más quiero.

Forrester le tapó la boca con un nuevo beso, pensando, por contraste, en Verónica Dale. Luego la llevó de la cintura hasta el «Nash».

—Tendrás que ayudarme a cambiar esa rueda, Doris —dijo al

llegar junto a éste.

Pero ella no le escuchaba. Estaba mirando al caído cuerpo de Pietro Montelli, y Forrester tuvo que repetir aún un par de veces más la frase, antes de que ella girara el rostro hacia él para mirarle.

—Sí, Dick —replicó—. Lo que tú quieras.

Se guardó la automática en el seno, mientras Forrester pensaba en la dormida orilla del lago.

Maldijo varias veces, ya que el cambio de la rueda le llevó más de una hora. Pero, después suspiró con alivio cuando empuñó el volante, llevando a su lado a la inquietante Doris, de la que se desprendía un suave perfume, apretujada contra él. Tomó el camino de Chicago pensando ahora en la muerte de Milton y en su destrozado apartamiento, preguntándose si estaría en él la policía, esperándole.

Fue Doris la que rompió el silencio mientras con una de sus manos le acariciaba el cuello.

—Me llevas a casa, ¿verdad?

Forrester tardó más de un largo minuto en contestar, en el cual estuvo pensando en Dereck Linsay.

—Sí —replicó al fin—. Te llevo a casa, Doris.

Ella dejó que sus ojos brillaran, y Forrester les vio por el espejo retrovisor.

—Te quedarás un poco, ¿verdad?

Forrester denegó con la cabeza y ella frunció el ceño.

—Entonces iré a buscarte a la tuya, Dick.

Él dejó de mirar unos instantes al asfalto de la carretera y la encaró. Luego volvió otra vez los ojos al mismo sitio, dejó pasar una cerrada curva y replicó:

—No estaré en ella, Doris.

Ella pensó en el acto en Verónica Dale, pero se lo guardó para sí.

—¿Tantas cosas tienes que hacer que no me puedes dedicar unas horas, Dick? —preguntó.

—Sí. Pero te veré mañana. Por otra parte —y Forrester hizo una pausa con mala intención—. Iré a buscarte… a tu casa ya que la mía no puede ser. Está todo destrozado. Anoche mataron a mi ayudante. A Milton.

Doris notó en el acto el súbito rencor que vibró en su voz.

—¡Dick! Pero… eso no es posible… ¿Qué… qué buscaban conseguir con ello?

Pero Forrester no contestó a esto, ni lo hizo cuando Doris volvió a la carga varias veces durante el trayecto, aunque sí respondió mucho después, pero cuando ya estaba en la casa de ella.

En silencio, y con los labios prietos, Doris continuó callada, y no habló cuando Forrester detuvo el «Nash» frente a la puerta de su casa. Simplemente abrió la portezuela anticipándose a los deseos de él, y bajó a la acera.

Una vez en ella se volvió para mirarle.

—¿Subes? —preguntó.

Forrester pensó en Verónica. Luego miró el reloj. Eran las once y cuarto de la noche. Por tanto, hizo un rápido cálculo mental y replicó:

—Subiré, gatita, pero no puedo entretenerme mucho.

Dijo esto, pero lo que quería era hablar con Dereck Linsay, o al menos decir algo que él conceptuaba como genial en aquellos momentos. Bajó del «Nash», cerrando la portezuela. .

Ambos, enlazados por la cintura, penetraron en la casa y se encaminaron al ascensor. Pero éste no funcionaba. Empezaron a subir por la escalera después de encender la luz automática.

Ella delante, hasta que Forrester la alcanzó en el primer rellano para besarla. Suavemente, pero con firmeza, Doris se apartó de él.

—Eres un desvergonzado, Dick —dijo con seria expresión.

Pero sus ojos reían.

Después, sin decir palabra, emprendió de nuevo la subida, para abrir momentos más tarde la puerta de su apartamiento. Allí le ofreció de nuevo los labios y Forrester la besó.

Ya en el «living» él se sentó en el sofá haciendo una seña para que se acercara. Doris movió negativamente la cabeza y luego dijo:

—Voy a ver si está papá en el despacho.

No estaba, ni en el resto de la casa tampoco. Entonces dejó a Forrester bebiendo un whisky y fue a su habitación. Cuando regresó, media hora más tarde, llevaba puesta una sencilla bata de esponjosa seda, anudada a la cintura por el cinturón, en el cual había hecho simplemente un nudo.

—Tu padre tarda, Doris —observó Forrester nada más verla—. Por tanto, me iré sin verle, a pesar de que me hubiera gustado hablar con él esta noche. Por eso subí.

Doris frunció la boca.

—¿Sólo por eso, Dick?

—Sabes que no. Que también me gusta estar a tu lado.

Doris quedó pensativa unos segundos y luego replicó:

—Si, Dick. Pero aún no he oído… mejor dicho, hace tiempo que no oigo de tus labios la palabra matrimonio. ¿Cuándo nos casamos, Dick?

Forrester pensó lo mismo que un día cuando se lo preguntó el

viejo abogado Linsay, pero contestó todo lo contrario:

—Creo que pronto, Doris —dijo—. Tan pronto como acabe el asunto que llevo entre manos.

—¿Tan importante es…?

—Sí, Doris —replicó distraídamente porque estaba pensando en la cita que tenía en su apartamiento con Verónica Dale, mientras se decía que ella, si había ido, estaría terriblemente afectada, no porque viera el cadáver de Milton, sino porque él estaba segura ahora de que la policía habría hecho una visita allí, revolviéndolo todo, aún más de lo que estaba.

—Es por lo que trajiste de Berlín e Inglaterra, ¿no, Dick?

Forrester perdió de pronto toda su distracción, y aunque ella no lo notó, el caso es que estaba más alerta que un gato cuando se dispone a atrapar un ratón.

—Nada traje de allí, Doris —replicó con indiferencia—. Creo que eso ya te lo dije antes. Y ahora, ¿por qué no eres buena y te marchas a la camita? Yo tengo que irme ahora mismo.

Doris le hizo una mueca con la boca y replicó:

—Espera un poco que me vista y saldré a despedirte al coche.

Aquello no le gustó a Forrester, pero se dijo que no tenía más remedio que aceptar, aunque no fuera nada más que por el momento. Asintió con la cabeza, y ella corrió hacia su habitación. No hizo nada más que entrar, cuando una llave giró en la cerradura.

Forrester salió apresuradamente del «living», atravesó la puerta, cerrándola a su espalda, justo en el momento en que Dereck Linsay, llevando un periódico en la mano, hacía su aparición.

Su mirada no reflejó sorpresa cuando le vio allí. Simplemente, y antes de dar las buenas noches, lanzó una mirada en torno y preguntó:

—¿Y Doris?

Forrester se vio en la necesidad de darle una explicación de todo lo sucedido aquel día, y luego terminó:

—Está en su habitación.

El rostro del abogado se mostraba ceñudo. Permaneció así largo rato, parado frente a Forrester, al cual semejaba no ver. Luego, y de una manera repentina le tendió el periódico que tenía bajo el brazo y exclamó:

—Te supongo enterado de esto, ¿no, Dick?

«Esto» era el asesinato de Milton, junto a un epígrafe diciendo que le estaba buscando la policía a instancias de Mac Namara, director del «Star Courier» de Chicago.

Forrester lo supo nada más lanzarle una rápida ojeada. Luego

devolvió el periódico y replicó:

—Me dieron la noticia por teléfono cuando yo estaba en la Redacción. Y fue una mujer quien lo hizo.

—¿Verónica Dale? ¿Cómo lo sabía ella?

—Verónica no tiene nada que ver en esto. Fue una…

—Ya sé lo que dijiste, Dick —interrumpió Linsay—. Pero los hechos demuestran que, o no quieres decir la verdad, o que alguien cree que tú trajiste algo de Londres y Berlín, y lo juzga tan importante como para intentar suprimirte. Y lo que siento es que, de una manera indirecta, Doris está sufriendo las consecuencias. Ya vista el rapto de hoy. Y yo sin enterarme. ¿Qué es ello? ¿Por qué no te franqueas conmigo de una vez? ¿Tan poca confianza te merezco?

—Tiene toda mi confianza y usted lo sabe, Dereck. Pero estoy harto de decir que nada traje de Berlín o Londres, ni de parte alguna.

—Eso es lo que me ha dicho a mí también, papá. Y confieso francamente que estoy empezando a creerle. ¿Te ha contado lo de esta tarde? ¡Fue horrible!

Mirándola, vestida ahora con una ceñida falda y una no menos ceñida blusa, Forrester pensó que nunca le había parecido tan peligrosa como en aquel momento.

—Simplemente te dije la verdad, Doris —replicó diciéndose que ella se movía lo mismo que un felino, haciendo realzar en cada movimiento, de manera maravillosa, todos sus encantos de sirena, y que, si mal no recordaba, aquella era la segunda vez que estaba hablando con Dereck Linsay, en la que se presentaba sin que ninguno de los dos la oyera venir.

—De acuerdo, Dick —repuso ella—. Has dicho la verdad. Por lo menos para mí sí —hizo una pausa y luego añadió rápidamente al darse cuenta de que su padre iba a meter baza en la conversación. Si no tienes mucha prisa, podéis pasar unos minutos al «living». Os he preparado bebidas con hielo.

Forrester asintió, y Doris dio media vuelta, abriendo la marcha. Luego se sentó en un sillón, procurando hacerlo frente a Forrester, que inmediatamente miró a Linsay, que lo había hecho a su lado.

Esperó a que fuera ella la que tomara la copa de whisky, y luego lo hizo él mirándoles a los dos. Entonces Forrester contestó a las preguntas que Doris le hizo en la carretera:

—Doris —empezó, siempre mirando a Linsay— me preguntó esta tarde por esto mismo. No quise contestar Dereck. Pero el caso es que hasta ahora he mentido. Traje unos importantes papeles que aquí los convertí en un cuaderno mecanografiado —Linsay,

conjuntamente con Doris, pensaron que aquel era el trabajo que hizo Verónica Dale aquella noche en el apartamiento de Forrester —. Es algo sensacional. Algo que cuando se publique hará estremecer al mundo entero.

Forrester calló mirándoles a ambos, esperando ver en sus rostros cuál iba a ser su reacción. Pero se equivocó, ya que tanto el padre como la hija permanecieron impasibles, lo mismo que si se hubieran convertido en rocas.

Al instante, un pesado silencio se extendió en el «living». Fue Doris la que lo rompió mirándole con una sonrisa hechicera en su hermosa boca.

—Eso lo explica todo, ¿no, Dick? Pero, ¿por qué no lo dijiste antes?

Forrester se encogió de hombros como dando a entender que no lo sabía.

—Entonces, ese fue el trabajo que hizo Verónica Dale la misma noche en que yo la despedí —afirmó Linsay mintiendo con aplomo.

—Sí, ese fue.

CAPÍTULO XIII

Callaron todos añora, y Forrester esperó la siguiente pregunta, o, en todo caso, cualquier insinuación que le permitiera seguir explicándose. Ésta no tardó en llegar y corrió a cargo de Dereck Linsay.

—¡Ahora me lo explico todo! —exclamó—. Apostaría a que parte de la voladura del National Bank fue por culpa de esos papeles. Alguien sabía que tú los ibas a llevar allí. ¿Acaso no era así?

—Sí, eso pensaba. Pero aún no logro saber cómo se enteraron. Miss Dale y Milton eran los únicos que estaban conmigo.

—Has puesto mucha confianza en esa mujer, Dick. No es que la odie, pero las pocas veces que la vi no me resultó simpática. ¿No crees tú que…?

—Pudiera ser posible, Doris —replicó Forrester mirándola ahora y no a la cara precisamente—. Pero si fue ella, ¿cómo explicas que en vez de tanto teatro no mandara los papeles a la persona o personas que la pagaron?

Doris no supo qué replicar, y por ella lo hizo Linsay:

—Por eso mismo, Dick —dijo—. Por teatro. Para dar la impresión de que ella no tenía nada que ver con el asunto, contando con que tú razonarías así. Por ese medio, esperaba disfrutar de tu confianza. Apuesto que lo consiguió.

Forrester pensó, sonriendo para sí, que mucho más había conseguido él y se lo callaba.

—Tal vez sea así —replicó evasivo—. Pero lo dudo.

—Para mí está bien claro, Dick. Y si yo fuera tú, me las sabría componer para sacarle todas las palabras del cuerpo. ¿Quieres sus señas?

Forrester, disimulando, respondió que sí. Y cuando las tuvo en su poder, dijo, mirando la vacía copa de whisky:

—No puedo creerlo, Dereck.

—Pues está claro —repitió Linsay—. Y si no, ¿cómo sabía ella que mataron a Milton?

—No fue ella quien me llamó, sino Dolly Dalton —y Linsay respingó sobre el asiento mientras Forrester, sin advertirlo, continuaba—: Aunque todo fuera verdad con respecto a miss Dale,

de nada le serviría ya que los papeles los tengo yo, escondidos en el «living», en un lugar que no los encontrarán nadie, tal vez por lo sencillo.

Pero sus palabras se perdieron en el vacío, ya que el nombre de Dolly Dayton había llamado poderosamente la atención del abogado. Refiriéndose a esto preguntó:

—¿Cómo? ¿La conocías? Yo no tenía ni idea de ello; Dolly es una de mis secretarias.

«Y muy hermosa por cierto».

Esto lo pensó Forrester pero se lo calló, replicando otra cosa bien distinta:

—Conozco a muchas mujeres. Se asombraría si supiera cuántas, Dereck.

Doris frunció su bonita boca en una mueca de fastidio y luego miró a Forrester con ojos rencorosos.

Pero él no la vio ya que tenía ahora los ojos fijos en la esfera de su reloj, levantándose ya. En pie ahora, exclamó mirándoles a los dos:

—Son las once y media. Por tanto, me voy, pues tengo aún que moverme aprisa antes de irme a dormir, contando que me dejen hacerlo.

Ni Doris ni Linsay adujeron nada en contra. Le acompañaron a la salida, pero una vez en la puerta, Doris dijo que quería acompañarle atajo y Linsay no se opuso a ello.

En el primer descansillo le besó, y, sin saber porqué, Forrester se dijo que con aquel beso estaba intentando aturdirle al mismo tiempo que procuraba aturdirse ella también.

Forrester se despidió ya en el interior del «Nash». Pero no arrancó hasta que Doris volvió sobre sus pasos y cerró la puerta de la escalera.

Enfiló Washington Boulevard a velocidad moderada con el pensamiento puesto en Verónica. Por unos instantes dirigió el automóvil a la calle Humbolth, pero luego una idea cruzó por su cerebro y pensó que era mejor dejarla estar por aquella noche.

Esto se le ocurrió cuando ya estaba en Madison. Por lo tanto, y, pensando en la lista de Telégrafos, sabiendo que había empleados a todas horas de la noche y día, siempre conduciendo el «Nash» que le arrebatara a Pietro Montelli, Forrester se encaminó hacia allí.

Detuvo el automóvil en el bordillo de la acera opuesta y atravesó la calzada lentamente, mirando de soslayo a todos lados, con la «Magnum» metida ahora en el bolsillo de la chaqueta. Hasta que se dijo, y después de consultar nuevamente el reloj, que aún no había tiempo material para que la máquina que había puesto en

marcha empezara a funcionar.

Dejó de pensar en ello y tomó uno de los rápidos ascensores del edificio central de Telégrafos, que le dejó en el octavo piso. Atravesó un largo pasillo a buen paso, y luego se detuvo junto a una de las ventanillas.

Un somnoliento empleado hizo un gesto de fastidio y después dio las buenas noches, preguntando qué quería.

Forrester sacó su carnet profesional y preguntó:

—Me llamo Dick Forrester del «Courier Chicago». ¿Hay algo para mí en lista?

—Espere un momento, míster Forrester —replicó el empleado con algo de respeto esta vez—. En seguida lo miraré.



—No te impacientes, fisgón...

Se retiró de la ventanilla, y, a través de ésta, Forrester vio cómo buscaba en uno de los casilleros. Lo había. Forrester lo supo cuando el empleado giró hacia él llevando en las manos dos telegramas. Con ellos en su poder firmó en el libro registro, dio las buenas noches y, sin abrirlos, se retiró.

Ahora en la calle, más aprisa que de ordinario, se acercó al «Nash» y penetro en su interior. Encendió una de las luces, y allí mismo empezó a leerlos, notando que la depresión nerviosa que le

había poseído desde que el empleado se los dio, iba decreciendo rápidamente.

Al terminar, su rostro ya no era tan impasible como siempre. Ahora tenía una extraña mueca en la boca, mientras que miraba a la lejanía, al parecer sin ver la calle que había frente al «Nash». Luego salió de su abstracción de una manera repentina, y dio el encendido.

Media hora más tarde, ya en la Veintitrés Oeste, el vigilante de noche de las oficinas centrales del «Star Courier Chicago», se sorprendió al verle aparecer.

—Buenas noches, Phil.

Phil Donovan, de no menos de sesenta años, sonrió abiertamente y luego se quejó:

—Nos ha tenido usted en vilo todo el día —dijo—. Fue el propio míster Mac Namara quien vio su «Ford» estacionado delante de la puerta y, al ver que no estaba dentro, imaginó que algo le había ocurrido. No obstante, esperó dos horas más, al cabo de las cuales telefoneó a la policía. Le están buscando por todo Chicago, míster Forrester.

—Tendrán que seguir haciéndolo unas cuantas horas más, Phil —replicó—. Por lo tanto, tú no me has visto, ni yo he hablado contigo. ¿Entendido?

Donovan sopesó unos segundos las palabras de Forrester, y luego replicó:

—Por mi parte sí, míster Forrester. Pero míster Mac Namara dejó recado que si venía, o se sabía algo de usted, se lo comunicara a su domicilio: Míster Mac Namara estará despierto toda la noche en espera de noticias.

¡Bien por el viejo Mac Namara!

Luego de este pensamiento, Forrester palmeó suavemente la espalda de Donovan y subió al ascensor. Y tres minutos después estaba en el despacho de su jefe, no sin antes, y de pasada, tirar con la punta de los dedos un beso, al lugar donde tenía por costumbre escribir Silvia, y que ahora estaba vacío.

Se sentó a la mesa del propio Mac Namara y quedó unos segundos pensativo, preguntándose mentalmente dónde habría puesto aquél la contestación a los telegramas que le mandó cursar.

No lo sabía, y, por otra parte, no quería perder más tiempo removiendo papeles y más papeles, para luego no encontrarlos. Entonces se decidió a descolgar el auricular. Discó el número y esperó.

Mac Namara debía de estar esperando al otro lado de la línea, ya

que casi en el acto, Forrester oyó su voz:

—Sí… ¿Diga?… Mac Namara al habla.

Forrester no pudo evitar que una sonrisa se perfilara en sus labios.

—Soy Forrester, Mac Namara —replicó.

Esperó la contestación, que esta vez ya no llegó tan aprisa. Forrester sonrió de nuevo pensando en la cara que tendría en aquellos momentos su amigo y jefe. Luego de manera repentina le llegó al oído un violento carraspeo, y pensó, sin equivocarse, que Mac Namara acababa de recuperar el resuello.

Era así, ya que al instante le oyó decir:

—¿De dónde diablos sales? ¿Qué te ha ocurrido? Creí que… Bueno, Dick; ¡maldito sea tu pellejo! ¿Quieres explicarme el motivo de tu tardanza en dar noticias?

Forrester pensó la respuesta un par de segundos y luego replicó:

—Se lo diré mañana, Mac Namara. Hay cosas que no se pueden decir por teléfono. Comprende, ¿no? ¿Dónde está lo que yo espero si es que hubo contestación?

Al otro lado de la línea se oyó otro carraspeo, y después llegó la respuesta:

—No debía decírtelo, Dick. Pero si no lo hago, estoy seguro de que cuando vaya mañana al despacho me lo encontraré patas arriba. Por lo tanto, están en la caja de caudales dentro de un sobre azul. Y… ¡por todos los diablos que no te has equivocado, muchacho! Y siento que haya sido así. Esto lo digo por ti.

Forrester comprendió al punto lo que quería decirle con aquellas palabras y no replicó. Permaneció en silencio tanto rato que Mac Namara se impacientó preguntando:

—¿Estás ahí todavía, Dick?

Forrester soltó un gruñido.

—Sí… Todavía…

Al otro lado de la línea. Mac Namara se preguntó en qué diablos estaría pensando ahora, aunque tenía la sospecha evidente de saberlo.

—Te está buscando la policía, Dick. Creo que sería mejor que fueras a la Dirección General de la Metropolitana. Al menos para identificar el cadáver de Millón.

Forrester soltó una risita:

—¡Un cuerno! Milton tenía documentación. Por tanto, ¿para qué diablos quiero ir a verle? —y luego preguntó—: ¿Cuándo es el entierro?

Mac Namara carraspeó de nuevo.

—Mañana a las once, Dick —contestó—. Espero verte en él.

—Iré —dijo Forrester con convicción—. Si es que no he muerto también. Iré, porque mañana ya habrá terminado todo.

Calló unos instantes mientras al otro lado de la línea; Mac Namara estaba batallando con una idea que se le había metido en la cabeza, como él solía decir cuando se le ocurría alguna cosa.

En vista de su silencio, Forrester habló de nuevo:

—¿Dónde está mi automóvil, Mac Namara?

—En mi garaje, Dick. ¿Cuándo vendrás a buscarle? Forrester rió suavemente.

—No lo sé. Acabo de heredar un «Nash» y me gusta más que el mío.

—¿Que acabas de…? ¿Que…?

—Sí; me lo regaló Pietro Montelli. Dile a la policía, si es que vas a hacer lo que estás pensando, que estoy vivo y en la Redacción, que en la carretera de Elgin, a unas treinta millas de Chicago, en una cantera abandonada, encontrarán su cadáver con otros dos de sus pandilleros.

Esta vez Mac Namara pareció que iba ahogarse, según los propios pensamientos de Forrester, cuando oyó inmediatamente después de sus palabras aquel horrible carraspeo.

—¿Te los cargaste tú? —preguntó al fin.

—Sí —replicó Forrester—. En legítima defensa como puedo probar.

—Y… ¿A dónde vas a ir ahora?

—Primero a desvalijar la caja de caudales del «Courier», y luego a la cama. Pero no a mi apartamiento ya que no sé cómo me lo voy a encontrar. Supongo que mucho peor que lo dejaron los «gangsters» que asesinaron a Milton.

—¿Dónde piensas alojarte esta noche? Si ocurre algo telefonearé. Y si no, puedes venirte a casa. Greta, mi mujer, tendrá mucho gusto en prepararte una habitación.

—Se lo agradezco, Mac Namara, pero no sé a dónde iré todavía.

Diciendo esto, Forrester pensó en Verónica Dale, y en que posiblemente aquella noche no se acostaría y en que tal vez no lo hiciera nunca porque estaría muerto.

Luego recordó su apartamiento y con él aquellos papeles, y los dos telegramas que tenía en el bolsillo, y los otros dos que estaban en la caja de caudales del «Star Courier Chicago». Allí mismo, al alcance de la mano. Y a juzgar por lo que había oído, eran la confirmación de todas sus sospechas.

Mac Namara se lo había dicho. Por lo tanto, el muy ladino los

había leído.

—¿Sigue ahí, Mac Namara? —preguntó.

—Sí. Esperando que dejes de pensar para contestarme. ¿Vas a ponerte en contacto con la policía?

—Esta noche no. Y a propósito de la policía; ¿qué les has contado del asunto?

—Parte de la verdad… o, al menos, así lo creen ellos. Les he dicho que fuiste de vacaciones al extranjero, y quiso la suerte de que te metieran en un lío que te ha seguido hasta aquí. Que posees unos papeles para darlos a la publicidad, y que en Chicago hay alguien a quien no le gusta la idea.

—No está mal… del todo, Mac Namara. ¿Y de los telegramas?

—De eso nada, Dick.

—¿Puedo creerlo?

—¡Pues claro! Pero, ¿qué diablos te has creído?

—No es por nada, pero me sentaría peor que un tiro que otro periódico publicara esa noticia antes que nosotros.

—¿Por qué no la publicaste a primera hora? ¿Cuándo llegaste de Londres y Berlín?

—Porque me recibieron con un tiro, luego mataron a Milton, y yo quiero tener la cabeza, así como la exclusiva de todo esto.

—Ten mucho cuidado, Dick. Y no lo digo porque puedas amanecer cualquier día durmiendo como un lirón encima de la mesa de un depósito de cadáveres, sino por la policía. Ten cuidado o te meterás en un lío enorme, del cual te será difícil salir a pesar de mi ayuda.

Forrester rió tenuemente y consultó el reloj. Eran las doce menos diez de la noche cuando colgó el auricular y se levantó del sillón después de encender un cigarrillo.

Con él entre los labios fue a la caja de caudales y la abrió luego de manipular en la combinación de un par de minutos. Casi frente a sus ojos encontró el sobre azul que Mac Namara le dijera por teléfono.

Se lo guardó en el bolsillo y, de nuevo en el sillón, los desgarró enfrascándose acto seguido en la lectura de ellos. Cuando termino de hacerlo frunció el ceño, y no lo desarrugó hasta un cuarto de hora después, cuando pensó en Verónica y en Dolly Dayton.

Sobre todo en la segunda, y se preguntó si ésta habría visto a Verónica luego de telefonearle a él al «Courier». Si era así, Verónica estaría ya enterada de todo.

Más tarde, y, fuera ya del despacho, mientras se encaminaba al ascensor, Forrester se la imaginó en su apartamiento, esperando, tal

vez durmiendo en cualquier parte, o intranquila, pensando en él.

Silbó bajito cuando los recuerdos se agolparon en su mente, y pulsó el botón de llamada del ascensor. Bajó en él y encaró a Phil que le estaba esperando.

—He hablado con míster Mac Namara, Phil —dijo—. Ahora me voy a dormir. Si viene la policía preguntando por mí, dígales que he estado, aquí, pero que no sabe a dónde he ido.

Esto era verdad ya que Forrester, después de dar las buenas noches se marchó sin decirlo.

CAPÍTULO XIV

Había una mujer trabajando en la sombra. Una mujer que acostumbraba a sostener una poderosa automática entre sus enguantadas manos, y, posiblemente, varios hombres más.

Dirigidos quizá por la mujer, o tal vez no. Marta Lansing había muerto por saber demasiado. Milton por guardar algo que pertenecía a Forrester.

Quedaban Verónica Dale, Dolly Dayton y Doris Linsay, esta última hija de uno de los mejores abogados de Chicago.

¿Cuál de ellas era?

Forrester lo sabía desde hacía tiempo. Por tanto, la lectura de aquellos telegramas no constituyó una revelación para él, si no más bien serviría como prueba para cualquier tribunal federal, o metropolitano, que para el caso era igual.

Pensando en todo ello, Forrester tuvo de pronto la idea de que tal vez cuando contara aquella extraña y extravagante historia, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos se mostraría escéptico en extremo.

Por no ser menos, él también se encogió de hombros mientras conducía el «Nash» a través de las calles en dirección a Washington Boulevard donde tenía su residencia.

De vez en vez miraba el reloj, contando los minutos, por no decir les segundos, a cada instante más convencido que la máquina que puso en marcha, estaría ya avanzando lentamente hacia él con ánimo de triturarle.

¿Lo conseguiría?

Con esta pregunta en la mente, Forrester pensó en Dolly Dayton, en los pocos momentos que había pasado con ella, y tal vez en que Dolly era la única mujer con la que había mantenido una simple y leal amistad. Luego sus pensamientos fueron a Verónica Dale.

Después, y como colofón, recordó a Doris Linsay, su prometida, la mujer a la cual había jurado casarse con ella. Y en Dereck, el padre de ésta, al cual había prometido lo mismo pero pensando en otra cosa.

Se preguntó ahora si su decisión había sido tomada a raíz de su conocimiento con Verónica, y al instante se contestó que no, que lo tenía decidido de antemano, simplemente por lo que sabía.

Forrester dejó de pensar en todo para aparcar el coche en una de las calles que desembocaban en la Washington Boulevard. Descendió de él, tomó la «Magnum» de la axila y la puso en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Empuñando firmemente la culata avanzó sin prisa hacia su casa, sabiendo que la muerte estaba rondando como nunca sobre su cabeza.

Ya frente a aquélla, Forrester miró a todos lados. La amplia y larga calle estaba completamente desierta, silenciosa como una tumba, sin un alma que transitara por ella, y sin un solo automóvil rodando sobre el asfalto.

Bajó de la acera justo en el momento en que un automóvil entraba en la Washington Boulevard, haciéndolo por la esquina inmediata, distante unas diez yardas de donde él se encontraba.

Sacó la automática cuando se dio cuenta de que era un largo y negro «Nash», y retrocedió pegándose a la pared. Pero el automóvil pasó de largo a buena velocidad. Forrester, al mirar la matrícula advirtió que no era el mismo que él había conducido hasta allí, y que dentro iba una pareja, que a juzgar por lo que pudo ver, estaban bastante entusiasmados el uno con el otro.

Tanto, que según sus propios pensamientos, hacía oposiciones para darse un trompazo con cualquier cosa impensada.

Cruzó la calzada sin guardar la automática, abrió la puerta que daba acceso a la escalera y encendió la luz.

Despreciando el ascensor, Forrester empezó a subir a pie, pensando en la voladura del Banco y, sobre todo, en Verónica Dale, preguntándose una vez más cómo ellos habían podido saber que él pensaba llevar aquellos papeles a la cámara acorazada.

Ya frente a la puerta del apartamiento pensó en dónde diablos habría podido esconder Milton aquel cuaderno.

Sin decidirse a abrir, pensando en la trampa que había tendido, Forrester pegó el oído a la madera de la puerta notando que el más absoluto silencio remaba en el interior.

Aquello no significaba nada para él. Los que esperaban, contando con que estuvieran allí, podían estar en silencio y completamente a oscuras. Abrió sin hacer el menor ruido, pero no empujó la puerta. Se limitó a quitar el llavín de la cerradura y metérselo en el bolsillo. Después dejó transcurrir unos cuantos segundos y al fin se decidió a entrar. Lo hizo rápidamente, y dando un salto de costado al atravesar el umbral, sabiendo que la luz del pasillo le daba de lleno, ofreciendo de este modo un blanco magnífico para el que estuviera en el interior.

El más absoluto silencio fue la respuesta, y Forrester se sintió defraudado en lo más íntimo de su ser, mientras se decía «in mente» que algo estaba fallando aquella noche.

Dio la luz. Y cuando cerró la puerta, con la antesala completamente iluminada, un sexto sentido pareció advertirle que no se encontraba solo en el apartamiento.

Forrester acarició la culata de la «Magnum» cuando avanzó hacia la puerta del «living», poniéndola en posición de disparar fácilmente desde el bolsillo de la chaqueta.

La empujó echándose a un lado. Nada sucedió, empero, pero la sensación de no encontrarse solo se hizo más acusada.

Decidido ya, iluminó el «living». Entonces recibió una sorpresa, porque aquello presentaba todo el aspecto de una pista de baile. El centro había sido despejado completamente y los muebles destrozados estaban amontonados en un extremo, pero en el más completo orden.

Forrester lo recorrió todo con la vista, y luego detuvo les ojos en la entornada puerta de su dormitorio. Avanzó hacia él con la «Magnum» en la mano dispuesto a meterle un balazo en la cabeza a la persona o personas que se escondían en él.

Abrió la puerta con precaución llevando la automática por delante, y entonces recibió la segunda sorpresa de la noche.

Porque Verónica Dale estaba allí, acostada encima de la cama, completamente vestida, con el hermoso pelo desparramado sobre la almohada, y con todo el aspecto de una confiada niña.

Forrester entró pisando levemente, fue al ropero, extrajo una manta y con una sonrisa en los labios, la tapó.

Regresó sin más al «living» y miró en torno. Luego, y siempre pensando en los papeles, fue al mueble-bar, uno de los pocos muebles que habían quedado en pie. Escanció un whisky. Y se lo bebió de un solo trago a la salud de Verónica Dale, la mujer que confiaba en su caballerosidad.

Se sirvió otro y se sentó, olvidando mediante un esfuerzo a Verónica, para seguir pensando en lo que le convenía, en la prisa que tenía por encontrarlos.

Minutos más tarde, Forrester estaba en pie, buscando por toda la casa, en los sitios más inverosímiles, hasta que con una sensación de fracaso regresó al «living».

Multitud de preguntas se formularon en su mente sin encontrar respuesta para ellas. Fue mientras bebía el tercer whisky, cuando se le ocurrió mirar al techo, y de éste la lámpara. Dio un respingo y luego se acercó.

Algo no marchaba bien en ella. Forrester estuvo dando vueltas debajo de ella por espacio de unos cuantos minutos y luego tomó una de las sillas que no habían sido destrozadas. La colocó bajo la lámpara y subió a ella. Pero no alcanzaba.

Entonces descendió, cruzó el «living», y entró rápidamente en su dormitorio. Despertó a Verónica por el procedimiento de besarla en los labios. Ella se estremeció primero, y luego reaccionó como era de esperar, apartándose violentamente de él, hasta que se dio cuenta de quién era. Entonces todo cambió por completo, y en menos de un segundo Forrester la tuvo en sus brazos.

Después de besarla de nuevo, Forrester preguntó como primera providencia:

—¿Qué haces aquí, Verónica?

Ella sonrió maliciosamente y replicó:

—Nunca falto a una cita, Dick. Y mucho menos tratándose de ti. Al despedirnos dijiste que nos veríamos aquí, y que, posiblemente, me invitarías a cenar, cosa que aún no he hecho.

Forrester pensó que ella, al menos por aquella noche, no lo haría.

—Me vas a ayudar un poco, Verónica —fue lo que replicó, y ella se separó de sus brazos, con lo que Forrester respiró mejor aunque sólo fuera por el momento, y se puso en pie, por lo que él continuó —: Primero, a buscar algo que para mí es importante en extremo, y, después, otra cosa que me aclarará muchas dudas.

Alisándose la falda sobre los muslos, Verónica preguntó:

—¿Cuál es la primera, Dick?

—El cuaderno mecanografiado, ricura. Milton lo escondió y yo no sé dónde. Puede que la policía o el que le mató…

Forrester se vio interrumpido por la risa cristalina de ella.

—Lo tengo yo, tonto —confesó sin dejar de reír.

Ante el estupor de Forrester ella se levantó un poco la falda. Minutos más tarde tenía el cuaderno en la mano, que rápidamente le entregó.

La miró unos segundos sin decir nada. Después siempre en silencio, empezó a pasar páginas. Finalmente levantó los ojos y preguntó:

—¿Dónde estaba?

Verónica sonrió, le tomó de la mano y tiró de él.

Unos minutos más tarde Forrester se encontraba en el interior de la habitación que había pertenecido a Milton.

—Adivínalo, querido —dijo ella en un susurro.

Pero Forrester tenía prisa, y no por él, sino por ella, ya que

estaba dispuesto a esperar con paciencia lo que quedaba de noche.

—Tengo prisa, Verónica —dijo—. ¿Por qué no me lo dices tú?

Al mirarle a los ojos, supo que él, al menos aquella noche, haría lo que se había propuesto a pesar de todo lo que intentara para hacerle desistir. Por tanto, separó su mano del brazo de Forrester y fue a la cama de Milton.

Forrester vio cómo metía la mano dentro de ésta y cómo luego tiraba del colchón, que con las sábanas y la colcha se vino con ella hasta los pies de la cama. Después hizo un gesto y él se acercó para mirar, lleno de curiosidad muy a pesar suyo.

—Estaba ahí dentro, querido —dijo mirándole a los ojos con una expresión en los suyos que Forrester sintió que vacilaba entre ella y lo que se había propuesto hacer aquella noche.

Por eso, sin mirarla replicó:

—¿Dónde, gatita?

—Eres más tonto de lo que yo creía, Dick —fue la consoladora respuesta que obtuvo a su pregunta—. Estaba ahí mismo.

Al decirlo, Verónica presionó en uno de los largueros que sostenían el «somnier», y Forrester, con el consiguiente estupor, vio cómo una delgada tabla quedaba en sus manos; debajo de ella había un hueco, teniendo aún partículas de aserrín.

Mientras él permaneció con Verónica, Milton, siempre previsor, había tenido tiempo de prepararse aquel escondrijo.

Pensándolo miró a Verónica, que a su vez le miraba a él.

—Sólo a una mujer se le hubiera ocurrido mirar ahí —dijo por todo comentario, que para ella fue suficiente.

Acto seguido, y sin que Verónica replicara una palabra, Forrester la sacó aprisa de la habitación y la llevó al «living». Bajo la lámpara la miró sonriendo y dijo:

—Tendrás que subirte sobre mis hombros, Verónica. Quiero saber qué diablos hay junto a la entrada de los hilos de la luz. Ahí arriba, en el mismo pie de la lámpara.

Verónica le miró. Luego se quitó los zapatos. Hecho esto, Forrester la ayudó a subir y después la sujetó firmemente por sus finos tobillos.

Tres minutos más tarde, y en vista de que ella seguía manipulando y callando, preguntó:

—¿Qué hay en el techo, Verónica?

No contestó al pronto. Pero luego, presa de una febril excitación, respondió:

—¡Bájame, Dick!

Forrester se agachó un poco y luego soltó los tobillos. Verónica

saltó con un revuelo de encajes y falda corta, y entonces se lo dijo.

—¿Estás segura?

—Sí, Dick.

Forrester miró el reloj por toda respuesta. Luego la besó después de tomarla por la barbilla y respondió:

—Sigue ayudándome, Verónica. Quiero saber a dónde conduce.

Ella le siguió a través del «living», hasta llegar a la ventana. Forrester la abrió, mirando hacia abajo, donde los faroles de la calle parecían de juguete debido a la altura en que se encontraban. Después, al canalón de desagüe.

—Será mejor que te acuestes, dulzura —dijo—. Creo saber a dónde me conducirá esto.

Verónica le miró largamente.

—¿Vas a ir solo, Dick?

—Sí. Y no abras a nadie aunque oigas mi voz detrás de la puerta. Antes de subir te telefonearé. No te muevas, pase lo que pase. ¿Comprendido?

Verónica dijo que sí, pero estaba pensando todo lo contrario, y más cuando, con el corazón latiéndole violentamente, le vio subirse al alféizar de la ventana, y luego, sujeto a los salientes de la pared, avanzar despacio hacia el apartamiento contiguo, teniendo bajo él más de doscientos pies de vacío.

CAPÍTULO XV

El apartamiento estaba completamente a oscuras, y deshabitado completamente. Y desde hacía lo menos tres o cuatro meses o tal vez más.

Esto lo supo Forrester apenas entrar en él. Luego, alumbrándose con el encendedor, escudriñó todos los rincones, buscando aquel hilo que le dijera, desde donde habían podido escuchar, tal vez de mucho tiempo atrás, todo lo que él había dicho en su casa.

No tardó en hallarlo, en la misma habitación donde se encontraba, luego de haber entrado en ella forzando la ventana.

El hilo terminaba allí, junto a aquella pequeña mesa, único mueble que había en toda la casa. Por la forma que estaba dispuesto, Forrester no tuvo que hacer muchos esfuerzos para saber que allí hubo un «magnetofón», cuyo minúsculo micrófono estaba situado bajo la lámpara de su propio «living».

Todo fue bien sencillo. Alguien, aprovechando que él estaba en el extranjero, vigilando las entradas y salidas de Milton, lo había colocado, tendiendo desde su apartamiento, un delgado y casi invisible hilo, que iba de la lámpara hasta la ventana, siguiendo el del teléfono, hasta el tubo del desagüe y de éste hasta el apartamiento de al lado.

El encendedor se calentaba demasiado y Forrester apagó durante un par de minutos. Luego volvió a encenderlo y entonces se agachó junto a la mesa. Había puntas de cigarrillo en el suelo. Tomó un par de ellas y las examinó. Ambas tenían las huellas de carmín de los labios de una mujer.

Las guardó en el bolsillo y apagó el encendedor. Lentamente ahora, y tanteando las paredes, se acercó a la puerta. Salió por ella, atravesó el desierto «hall», y, siempre en la más completa oscuridad, se acercó a la puerta que daba a la salida del apartamiento.

Como suponía estaba cerrada con llave. Pero para él fue un juego de niños descorrer los dos pestillos y abrir forzándola un poco. Ya en la escalera bajó aprisa los peldaños, con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, empuñando la culata de la «Magnum».

De nuevo en la calle, miró a todos lados. Forrester, pegado a las fachadas, caminó lentamente.

Cincuenta yardas más abajo se detuvo frente a una casa de vecinos y sacó un llavín del bolsillo para, acto seguido, abrir la puerta que daba acceso a la escalera. Hecho esto tomó el ascensor. Dos minutos más tarde salía de él para detenerse luego frente a aquella otra puerta.

Permaneció indeciso varios minutos más, sin decidirse a llamar, recelando una trampa, ya que no le cabía en la cabeza que no hubieran ido a buscarle, después de haber preparado todo aquello.

Cuando apoyó la mano en la puerta, Forrester se dio cuenta de que estaba solamente entornada. ¿Olvido?

Se lo preguntó cuando ya estaba dentro del apartamiento. Escuchó, pero el silencio reinante era absoluto. Sin embargo, él tenía la intuición de que le estaban esperando.

Buen conocedor de la distribución de los muebles, Forrester avanzó ahora hacia el «living» y entró silenciosamente. Justo cuando dio dos pasos al frente, todas las luces se encendieron a un tiempo.

—Buenas noches, Dick. Te estaba esperando. ¡No te muevas!

Pero Forrester no obedeció la orden, si bien empezó a volverse lentamente. Y no se sorprendió al ver frente a él la figura de Dereck Linsay, apuntándole con una automática de grueso calibre.

No se sorprendió porque lo esperaba. Si acaso por no ver junto a él a la escultural y hechicera Doris.

—Sé buen chico y saca la pistola del bolsillo de la chaqueta, pero con cuidado, Dick.

Forrester obedeció mirándole de extraña manera, pero no dijo ni media palabra.

—Tírala encima de ese sillón. Y ahora siéntate, Forrester.

Forrester siguió obedeciendo, pero cuando se sentó lo hizo junto a la mesita del tresillo, con los ojos clavados en Dereck Linsay. Y siguió callando. Por tanto, en vista de este silencio, aquél preguntó:

—Sabes que voy a matarte, ¿no, Dick? Has sido un estúpido al meterte aquí tú solo. Por eso te esperaba, porque sabía que lo harías, que querrías llevarte todos los laureles, y no por ti, sino por el «Star Courier». ¿Me equivoco?

Parecían más bien dos buenos amigos sosteniendo una charla amistosa, que no un hombre sentenciado en presencia de su verdugo. Al menos esa fue la impresión que dio Forrester cuando sonrió levemente.

—Hasta añora está en lo cierto, Franz von Stolz —replicó.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Que usted era súbdito alemán? Creo que hasta hoy no he

tenido esa certeza. Empecé a sospecharlo cuando alguien intentó matarme desde el interior de un «Nash» pintado de negro. Entonces recordé su nombre, pero por el que le conocen aquí y en Inglaterra. Telegrafié a los Bancos más importantes y por ellos supe que Dereck Linsay había retirado todos sus fondos, para trasladarlos a Chicago los unos y a Alemania los otros. Luego mandé pedir algunos datos a la propia Alemania. A Berlín para ser más exacto. A los buenos amigos que aún quedan por allí. Al mismo tiempo a Londres. Las dos respuestas son precisas. En Berlín, al menos que se sepa, no existe ningún nombre llamado Dereck Linsay, pero sí uno de sus mismas señas personales, y siempre acompañado de una mujer. No dicen el parentesco que les une. En Londres en cambio fueron más explícitos. Hablan también de un hombre y una mujer. Un tal Dereck Linsay. Le tildan de falsario, de embustero, y del mayor traidor que ha tenido Inglaterra. Pero un hombre tan enormemente hábil, que logró romper el cerco y trasladarse a América con todos sus valores comerciales en moneda. Dicen de él que según referencias no oficiales era un súbdito alemán nacionalizado inglés. Y detallando otra cosa más; por los pasaportes encontrados en su casa de Madison Square. No hay ninguno de ellos que no sea falso y todos, con idéntica fotografía, pero con diferentes nombres. Incluso uno en alemán en el cual consta el de Franz von Stolz. Yo calculé en el acto que ese era el único pasaporte legítimo que había. ¿Me equivoco, «herr» von Stolz?

La sonrisa del abogado Linsay era amplia aunque fría.

—No te equivocas, Dick. Eres un periodista muy listo. Para mí, el hombre más listo que he conocido. Por eso siento tener que matarte.

Por unos instantes, la sonrisa que afloró a la boca de Forrester desconcertó a Linsay.

—No lo hará, von Stolz —replicó éste—. No lo hará porque Verónica está en mi apartamiento. Ella lo sabe todo, sabe que he descubierto el modo como usted y esa mujer se enteraron de lo que yo guardaba, y a dónde iba a depositarlo al día siguiente. Por eso volaron el Banco aunque el principal motivo era eliminarme a mí y a Verónica, con la voladura, ya que ésta se hallaba prevista para cuando nosotros estuviéramos dentro. Fracasó por completo. Y fracasó por culpa de usted, von Stolz. Si usted, para estar más seguro, no hubiera mandado a ese pandillero para que le arrebataran el bolso junto con su contenido a Verónica, hubiéramos muerto dentro del Banco. Fue un retraso que para usted constituyó todo un señor fracaso. ¿Me equivoco?

No… Forrester no se equivocaba, y Linsay lo sabía, pero se lo guardó para sí mismo.

—Poco puede importar Verónica Dale en todo esto, Dick —replicó—. Has venido evitándome el trabajo de tener que ir a buscarte yo.

—Importa mucho, lo mismo que Dolly Dayton. Si dentro de media hora —y aquí Forrester, mintiendo como un consumado actor, miró la esfera de su reloj—, no estoy con ella, telefoneará a la policía explicándolo todo. Lo mismo hará Dolly si no le telefonea Verónica diciendo que estoy bien.

Linsay rió quedamente.

—Te he dicho antes, Dick —replicó después—, que eres un hombre muy listo. Dolly no puede contar nada porque nada sabe. Por otra parte, es mi secretaria.

—Y taquimecanógrafa del «Star Courier», puesta en su casa por mí, para que le espiara, von Stolz. El día que me telefoneó anunciándome el asesinato de Milton, me dijo unas cuantas cosas sobre una conversación sostenida con cierta mujer, referente a mí.

Era una finta que le salió bien, ya que Linsay achicó los ojos peligrosamente.

—Entonces, es por eso por lo que lo contaste todo, ¿no?

—Sí. Por eso dije que los papeles estaban en mi apartamiento y que yo sólo sabía dónde estaban —siguió mintiendo Forrester, con el único objeto de ganar tiempo como fuera, al objeto de ver si se le presentaba una oportunidad por pequeña que fuera—. Le estuve esperando hasta hace poco, von Stolz. Como no fue a buscarme vine yo. Fue usted quien mató a Milton, ¿no?

—Sí, me sorprendió cuando estaba registrando tu «living». ¿Dónde están ahora esos papeles, Dick?

Forrester siguió mintiendo:

—Los guarda Verónica, en un sitio bastante difícil de encontrar.

A pesar del peligro que estaba corriendo, Forrester no pudo evitar una sonrisa socarrona cuando pensó en las piernas de ella.

Sus agradables pensamientos los interrumpió Linsay diciendo:

—Ponte en pie, Dick, y vuélvete de espaldas que voy a registrarte.

Avanzó un paso hacia él. Forrester no se movió.

—Ponte en pie o te meto ahora mismo un balazo en la cabeza. Por uno más…

Forrester supo que lo haría nada más verle los ojos, el brillo casi satánico que había en ellos, y el dedo de la mano que se curvaban más y más sobre el gatillo, se lo dijeron.

Entonces actuó.

Lo hizo precisamente cuando empezaba a obedecer la orden de ponerse en pie. Al menos eso fue lo que pensó Linsay, que cuando quiso rectificar ya era demasiado tarde.

Forrester empezó a ponerse en pie, y cuando parecía estarlo ya del todo, de un fenomenal puntapié lanzó la mesa del tresillo sobre Linsay que no pudo esquivarla y se vino al suelo con ella. Su disparo se perdió en el vacío, mientras que Forrester se lanzaba de cabeza contra el sillón donde había ido a caer su automática.

Este volteó de resultas del encontronazo y, por tanto, el siguiente balazo de Linsay se enterró en la parte inferior del asiento, presentada ahora de cara a él.

Entretanto, detrás del sillón, Forrester recobraba el resuello mientras cerraba la mano derecha sobre la culata de la «Magnum».

Luego, y de manera repentina, saltó fuera del amparo del sillón jugándose el todo por el todo, y disparó contra Linsay en el momento en que éste saltaba hacia otro de ellos. Llegó tarde. La bala de Forrester le alcanzó la sien derecha y el abogado cayó contra el sillón como un plomo.

Luego los dos se fueron al suelo con un formidable estruendo, y después se hizo el silencio en torno.

Forrester se acercó a él también en silencio y pensando en el infortunado Milton, y esto estuvo a punto de perderle, ya que no oyó bajar la escalera a Doris Linsay.

Durante unos segundos la magnífica rubia quedó al pie de la escalera, y luego levantó la mano en la cual brillaba una siniestra automática. Entonces disparó.

Forrester recibió el balazo en el hombro herido y giró sobre sí mismo presentando cara.

En otra ocasión hubiera parpadeado ya que ella se cubría con una especie de transparente túnica, larga hasta los pies. Pero ahora no, porque no vio nada de esto, así como ninguna de sus hechiceras curvas puesta de magnífico relieve. No vio nada más sino que ella le estaba apuntando de nuevo.

Levantó la «Magnum» e intentó presionar el gatillo pero no pudo, y no porque el segundo balazo de ella le alcanzara en el pecho, tumbándole de espaldas, sino porque repentinamente comprendió que no podía matarla, que no podría hacerlo nunca.

Ya en el suelo, sintiendo que la vista se le nublaba, la vio avanzar hacia él, como una maligna sirena dispuesta a eliminarle. Y aun sabiendo quién era y lo que había buscado siempre, no quiso levantar la automática.

Doris se detuvo frente a él, mirándole con una sonrisa canallesca en la boca que tantas veces había besado él, mostrándose frente a sus ojos turbios tal como era: una vividora.

—Lo siento, querido —la oyó decir.

Vio como de manera fría y calculadora levantaba el arma, la misma que ya otra noche disparó contra él desde el interior de un «Nash».

Forrester se estremeció cuando oyó aquel disparo, que sabía iba a acabar con su vida. Por unos segundos le pareció que recibía en la cabeza el beso del plomo, pero no era así, como pudo comprender con el consiguiente estupor.

Era Doris la que giraba sobre sí misma, rápidamente, levantando en un remolino de seda la larga túnica, hasta que ésta se le enrolló en la cintura.

Después, con los ojos entornados, más turbios por momentos, Forrester vio cómo encaraba la puerta, vacilando sobre sus maravillosas extremidades, mientras hacía esfuerzos por levantar el arma.

Entonces sonó de nuevo otra detonación, y Forrester cerró los ojos para no ver el agujero que de súbito apareció en su tersa frente, ni cómo caía de costado al lado de von Stolz, mezclando su sangre con la de éste.

No los abrió hasta que los brazos Verónica Dale, que había soltado la automática que empuñaba, y se cerraron en torno a su cuello.

—No… no podía matarla…, Verónica. No… no po…día. Lo… lo sien…to.

—Ya lo sospeché, querido. Por eso vine yo. ¡Y pensar que siempre la tuve por una dama a pesar de que no me era simpática!

—Las damas tam…bién ma…tan. No lo olvi…des Ve…ró…ni…ca…

Pudo añadir que ella, siéndolo, también lo había hecho, pero Forrester no lo dijo porque aquel fue el momento que escogió para desmayarse.

Media hora más tarde, cuando ya todo había terminado, la sorprendió la policía intentando atajar la sangre que manaba del hombro y del pecho de Forrester.

Fue Mac Namara, que venía con ellos, el que se hizo cargo de los dos llevándolos a una clínica en una ambulancia. Por el camino, Mac Namara, que había retirado el cuaderno mecanografiado del bolsillo de Forrester, explicó a la policía todo aquel enmarañado asunto.

***

Forrester no volvió a hablar de ello hasta treinta días más tarde, y cuando aún el «Star Courier Chicago» seguía aumentando las tiradas, que se agotaban apenas salían a la calle.

Lo hizo ya completamente restablecido, en el apartamiento de su mujer, en la calle Humbolth. Y fue porque ella, curiosa, preguntó:

—¿Es cierto lo que han dicho los periódicos y, principalmente, el «Courier» sobre este caso, Dick?

Forrester la miró, cerrando un tanto los ojos, y desde la ventana donde se encontraba fue hasta ella, que permanecía recostada en el sofá.

La besó suavemente.

—De este caso sabes tanto como yo, ricura. Tú escribiste el cuaderno. ¿O ya no te acuerdas?

—¿Sabes, Dick? —replicó—. Sentí mucho matar a Doris. Ella llevaba razón en parte. Sólo quería vengar a su padre. No dudo de que estaba enamorada de ti.

No entendió la extraña sonrisa de Forrester hasta que éste no se explicó:

—Doris Linsay no era alemana, como lo demuestra su nombre y apellido, Verónica. Por tanto, no era hija de von Stolz, sino su amante —y como viera el más vivo estupor en el rostro de ella, Forrester siguió explicando—: Hay algo que el «Star Courier Chicago» no ha publicado porque yo no he querido, Verónica. Y se trata de todo lo relacionado con Doris. Era la amante de von Stolz, querida. De eso no hay la menor duda. De cómo se conocieron no sé nada. Sólo que les han visto siempre juntos en los mejores hoteles de Berlín y Londres, y en muchos sitios más. Tan sólo aquí, en América, teniendo él un nombre y documentación americana, ella pasaba por su hija.

—Entonces, ¿tú…? —interrumpió ella.

—Espera un poco y lo sabrás todo, gatita. Desde hacía mucho tiempo yo perseguía a Doris. Mi intención era casarme con ella, pero Doris nunca vio la cosa con agrado. Hasta que repentinamente cambió todo cuando yo, de una manera estúpida, le dije que me marchaba al extranjero por algo que sospechaba. También le dije lo que era, ¿comprendes? Ella, lo mismo que mis compañeros y Mac Namara, se rió de mí. Pero desde aquel día cambió. No había un solo día que no me la encontrara en algún sitio, hasta que llegó lo inevitable. Estaba enamorado en aquel entonces y no pensé en todo esto que después llegué a descubrir con peligro de mi vida. Sólo cuando tú apareciste empecé a sospechar lo que esperaba sacar de

mí.

»Pero aún luchaba conmigo mismo y contigo, Verónica. Hasta que una noche me quisieron matar desde el automóvil de Pietro Montelli. Sólo pude ver una mata de pelo rubio y una automática. Pero aquello fue suficiente, aunque durante muchas horas seguí luchando interiormente.

—Si buscaba el cuaderno mecanografiado, ¿cómo intentó matarte?

En el acto Forrester pensó que aquella era una buena pregunta.

—Por miedo. Yo acababa de matar a sus dos ayudantes y me estaba acercando al «Nash». Perdió la serenidad y disparó contra mí. Luego, para arreglarlo, temerosa de que la hubiera reconocido, ideó lo del rapto y todo lo demás.

Ella le ofreció sus labios. Cuando el beso la dejó hablar susurró:

—Nunca lo hubiera sospechado, Dick. Entonces… ¿él y ella…?

—Sí. Desde Londres estaban enviando a Alemania informes sobre Inglaterra, consistentes en material bélico, y en todo lo que pueda interesar a un país que se dispone a declarar la guerra.

—¿Crees que es verdad?

—Sí, Verónica. Y tú lo sabes también como yo. Dentro de sesenta días Alemania declarará la guerra a Inglaterra si no hay quien lo impida. Por eso Dereck Linsay, o von Stolz, dejó Londres y se vino a Chicago. Y todo eso lo llevaba yo, nombres de japoneses y chinos, de alemanes e ingleses. Fechas de traslado de armas tanto alemanas como inglesas. Nombres de quienes las enviaban y de quiénes las iban a recibir, fechas de entrega y lugares dónde están instaladas las fábricas de armamento, y la producción exacta del mismo, tanto de una nación como de otra. ¿Comprendes ahora por qué von Stolz no podía permitir que esa información siguiera en mis manos? ¿Comprendes por qué a Doris no le importó nada para conseguir lo que se proponía, mandada por el propio von Stolz?

Verónica lo comprendía, como también comprendía que ahora estaba junto a él y que, por tanto, había que olvidar que en el mundo hubiera hombres y mujeres como aquellos. Entonces dijo justo lo que estaba pensando:

—Será mejor olvidarlo todo, querido.

Y para dar mayor énfasis a sus palabras, Verónica le ofreció los labios, que Forrester besó con cariño.

Cuando éste terminó, él adujo:

—Arréglate un poco, ricura. Iremos a comer a cualquier sitio.

Ella sonrió entonces.

—¿Quién piensa en salir, tonto? ¡Se está tan bien aquí!

Al besarla de nuevo, Forrester se dijo que ella tenía razón. Mediaba agosto de mil novecientos treinta y nueve…

FIN

COLECCION

HISTORIAS

Libros que se pueden leer y ver!





Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas.

Precio:
30
ptas.



CRIMEN, S. A.

Mil crimenes impunes en diez años

LA MAFIA

Una hermandad del mal, extendida a todo el mundo

ANTOLOGIA DEL CRIMEN

Los más famosos crímenes de nuestra época

T MEN

Hazañas de los agentes del Departamento del Tesoro

EL MUNDO DEL DELITO

Una enciclopedia de "casos" célebres

EL LIBRO NEGRO DEL CRIMEN

Historia de la criminalidad en el mundo

HOLLYWOOD ES MI REINO

Memórias del jefe de Policía de Hollywood

LOS AÑOS SIN LEY

La historia de los "gangsters" de Chicago

CIRCULO ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPÚBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIBIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.º núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valetín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSÉ.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Ruta, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S.A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S.A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramiréz - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Marlon Brando

El más original e independiente de los actores de la meca del cine, parece ser que recientemente ha contraído matrimonio con la actriz Rita Gam. Nació el 3 de abril de 1924, en Nebraska. Su última película ha sido “La rebelión de la Bounti”.





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain N.º 1455